

"JAZZ"
CALIENTE

DONALD
CURTIS

FBI

FBI



ER

Título del original, en inglés:

«HOT JAZZ»

© Donald Curtis

Derechos reservados por EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 555 —1967

Printed in Spain

Rafael P. Carasa. Impresor. José Blelsa, 6. Madrid-19

Donald Curtis

«Jazz» caliente

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid-5. España

Últimas obras de DONALD CURTIS
publicadas en nuestras colecciones:

Colección A. FEDERAL:

Núm. 20. —Top secret.

»24. —Doctor Devil.

»27. —Al filo de la noche.

»30. —El rostro del dragón.

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

Núm. 320. —Cerco de tinieblas.

Colección F.B.I.:

Núm. 811. —Siete horas.

»814. —¡Horror!

»817. —Alta tensión.

»820. —Amorosamente mortal.

»823. —Los Zorros del 75.

»826. —Exótica charada.

»829. —Asesino de cristal.

»832. —Rubia es la muerte.

DEDICATORIA

A mis más fieles lectores. A aquellos que aman y sienten el «jazz»; a los que han advertido, en gran parte de mi obra, la influencia que el «jazz» ha ejercido en mis temas. A cuantos les gusta esa faceta de mi trabajo creador, con afecto, simpatía y auténtica complacencia.

Esperando que esta obrita sea como un tributo a todos ellos. Y el «jazz», que modestamente trato aquí de convertir en un protagonista más de la acción...

D. C.

«Quiero vivir como sea... hasta morir...»

Interpretación de los “blues”, de su auténtico sentido, fundado en los “spirituals” negros de los ríos Ohio y Mississippi. O como dijo Joe Turner en 1909: «Come we, that love the Lord...» (Vengamos los que adoramos al Señor).

Todo ello, de cualquier modo, fundamento y origen del “hot jazz” (o “jazz caliente”), que tuvo su cuna en New Orleans y siguió su preponderancia en el Chicago de los años veinte a treinta.

De por sí, por nombre y por espíritu, el “jazz” clásico, es “hot”; es caliente, cálido, como se le quiera definir.

Pero... ¿cuán “caliente” será el “jazz”... cuando el calor de la sangre se mezcla a él?

Sangre de seres humanos; sangre derramada por una mano asesina...

«Jazz» caliente

DONALD CURTIS

LIBRO PRIMERO

E

STOY borracha, Blackie...

—Claro, Amanda. Siempre estás borracha. No es una novedad...

—¡No seas imbécil! —hipó ella—. No hablaba de eso. No mencioné el alcohol.

—¿No? —Blackie olfateó el aire, cerca de los gruesos labios de la mulata, y se echó a reír—. ¿Hace falta? Apesta a ginebra. A mala ginebra, Amanda.

—La ginebra no me embriaga, imbécil.

—¿No?

—Habla de otra clase de borracheras. De esa música, Blackie...

—¿La música? —el hombre de tez de ébano se encogió de hombros. Brillaba su piel, como si la hubiese lustrado con crema de calzado. Los ojos eran blancos, como cuentas de vidrio adheridas a una superficie de charol—. Oh, la música... Es bueno ese clarinetista, sí. Se llama Charlie... Charlie Memphis, según creo.

—Charlie Memphis —cerró los ojos la mulata Amanda. Sus labios carnosos respiraban con fuerza, se estremecían sensuales, casi tanto como su epidermis toda, sudorosa y caliente, color chocolate claro. Su epidermis dura y vibrante, desde los rotundos pechos enhiestos hasta las nalgas atrevidas, respingonas, de típica mestiza. Las delgadas pero bien formadas piernas, parecían estilizadas columnas que se sostenían difícilmente sobre la base de los altos tacones blancos—. Charlie es un encanto...

Blackie rezongó algo, encogiéndose de hombros y secándose el sudor de la frente, bajo los acaracolados rizos de su negro pelo.

—Un encanto... —refunfuñó, como si le molestara el piropo—. Un encanto... Toca bien el clarinete, eso es todo. Pero no como el maestro Bechet, desde luego¹.

Amanda no despegó los párpados para replicarle:

—Es de Bechet esa pieza. ¿La reconoces?

—¿Lo que toca ahora? —escuchó la melodía, las notas tristes y largas del clarinete. Afirmó despacio—. Claro... «Petite Fleur»...

—«Pequeña Flor»... Tiene gracia, ¿verdad? —rió Amanda.

—¿Gracia? —Blackie la contempló ceñudo, de reojo, saltones sus grandes ojos brillantes—. ¿Por qué había de tenerla?

—Vamos, vamos, no te hagas el disimulado. Sabes a lo que me refiero... Rossie, «Little Flower»...². Estás tan chiflado por ella como los demás...

—¡Eso es mentira! —se irritó Blackie—. No tengo nada que ver con esa chica...

—Tal vez no —Amanda runruneaba, moviendo rítmicamente su cuerpo, haciéndolo oscilar al compás de la música, llevando la cadencia melosa, lenta, tristona, de los «blues» del clarinetista que tocaba en el tablado—. Quizá ella no te hizo caso. Como a tantos otros...

Se reía de su propia ironía. Blackie alzó una mano nervuda, muy oscura, de palma más blanca, como si se dispusiera a abofetearla sin contemplaciones. Luego pareció pensarlo mejor y se contuvo.

—Sí, claro —refunfuñó, bajando la mano—. Tienes celos. Como todas. Celos de Rossie «Little Flower»...

—¿Celos yo? —Amanda adelantó sus senos violentos, golpeando casi a Blackie con ellos—. Estás loco, pequeño idiota... Amanda no teme a nadie. Ni siquiera a esa jovencita con aires de humilde y tímida virgen... ¡La muy zorra...!

La mulata soltó un salivazo y se alejó meneando sus diabólicas caderas en forma tremebunda. La delgada, húmeda seda roja, se pegaba con el sudor a su carne vibrante y oscura, realzando sus formas agresivas, sus movimientos electrizantes.

Blackie la contempló, frotándose los labios con algo parecido a la sed. Sed de muchas cosas que no eran agua. Ni siquiera licor...

Arriba, en el estrado, a través de una neblina azul, pastosa, irritante, formada por el humo de cigarrillos, el bajo techo de la «cava», en el centro de una vorágine extraña de olor a sudores, a piel de bronce, a cuerpos humanos y a calor animal el joven blanco, delgado y descolorido, enfermizo, de oscuros cabellos y ojos enrojecidos, continuaba encogiéndose, extrayendo notas increíbles a: clarinete, improvisando variaciones sincopadas de la famosa composición melancólica de Bechet...

Blackie le contempló. Cerró los ojos, dejándose llevar también por la embriaguez de la música. Junto a él, un joven mulato se estremecía en éxtasis melódico, y una mujer de piel de ébano se retorció, como en trance, lustrosa su piel sudorosa y caliente, sin advertir siquiera que sus manos crispadas subían las faldas amarillas, al recorrer su propio cuerpo, con una exhibición

involuntaria de los largos, vibrantes muslos de chocolate.

Charlie Memphis parecía hechizar a todos con su instrumento mágico. Al fondo, el acompañamiento del «Duke Creole's Quartet», no era sino eso: simple acompañamiento perdido en la neblina de tabaco y de piel caliente del local. La «vedette», la figura que atraía a todos en el local, no podía ser otro que el blanco Charlie Memphis, náufrago estático de raza blanca, en un mundo negroide, cálido y mareante, donde su sensibilidad increíble de artista lograba arrancar al clarinete, al ambiente mismo, sus más profundas, cálidas, palpitantes notas de auténtico «jazz», de verdadero «New Orleans Style», a la vieja usanza de Storyville...

Esas notas llegaban incluso al exterior. A la calle estrecha, empedrada, del viejo y pintoresco barrio de Nueva Orleans. Un barrio que conservaba aún edificios franceses, españoles, de la Louisiana auténtica y vieja, de los tiempos heroicos. El luminoso verde, fluorescente, lanzando a la calle la lividez de sus letras parpadeantes, no lograba quitarle sabor y ranciedumbre al lugar. Era como si todo en este, se opusiera a la modernización, a las nuevas influencias. Como si con el «jazz» mismo, todo continuara estando en aquel trozo vivo de Storyville, el antiguo barrio negroide, segregado y aislado, que fue clausurado en 1917, arrojando a los negros de la ciudad del Mississippi, y obligándoles a emigrar a otros sitios lejanos, como Chicago o Nueva York, en busca de ambiente y expansión para su arte racial increíble.

El pestañeo verde espectral del neón parecía también una llamada a los viejos tiempos. Ficticia, como todo lo que quiere vivir de tradiciones que le vayan bien para el negocio. Pero, a fin de cuentas, una remembranza para cualquiera:

«TWENTIES CLUB»³

Sí, Toda una añoranza: «Twenties Club»...

Especialmente para los hombres como Johnny Tuxedo.

Johnny Tuxedo acababa de llegar a Nueva Orleans. Para él, era una sorpresa todo aquello. Muchas cosas de New Orleans lo eran: Bourbon Street, Old Storyville, Basin Alley, Spiritual House...

Muchas parecían fieles a los viejos ritos, apegadas a las añejas costumbres, ligadas a amarillas páginas del pasado. Como si algo del Vejo espíritu sobreviviera en la ciudad-cuna de «blues» de «rag-time», de «Dixieland», de «spirituals» de «swings» inspirados en las viejas síncopas negroides y en las instrumentaciones inolvidables de Buddy Bolden, de «Eagle Band», de Jack Laine, de Oliver o de «Armstrong Hot Five» o «Hot Seven»⁴

Johnny Tuxedo se detuvo bajo los parpadeos verdes,

fantasmales, que bañaban de luz fría y desangelada la vieja calle rica en evocaciones, recuerdos, huellas de un pasado escrito con trompetas, clarinetes, trombones de varas y notas blancas y negras de piano, en manos habitualmente negras, habitualmente cálidas, habitualmente sensitivas y profundas en arrancar color, pálpito, riqueza de matices y armonías a los instrumentos del «jazz-band» clásico y eterno.

Encendió Johnny un cigarrillo. Miró a su alrededor, pensativo. Un automóvil se alejaba, tras haber recogido a dos jóvenes y bien vestidos mulatos, que salían estrechamente abrazados del «Twenties Club». Sonrió Johnny, meneando la cabeza, ahora cubierta de blancas canas de brillo platinado. No habían cambiado mucho los tiempos. No, no mucho. Los jóvenes da ahora eran como los jóvenes de entonces, como los de siempre. Se embriagaban con música. Y luego, la velada terminaba siempre con el estallido de su propia pasión, estimulada por el hechizo extraño y casi alucinante de la música...

Avanzó resueltamente. El portero le saludó, sin interceptarle. Tuxedo sintió ganas de reír. Eso no hubiera ocurrido años atrás. No en un local de King Kirkaid, desde luego. Le hubieran frenado con una pistola pegada a los riñones. O si no, con una ráfaga de ametralladora...

Sonrió ahora. Dejó atrás al portero. Se adentró por el corredor que conducía al interior del club, entre fotografías de conjuntos orquestales y de muchachas, color ébano en su mayoría, de formas lujuriosas y de posturas sensuales.

Dejó atrás la galería negroide. Siguió hacia el interior del local, cruzándose con jóvenes de ambos sexos, en su mayoría de raza negra, aunque abundaban también los blancos partidarios de los ritmos de «jazz», sin discriminaciones raciales ni tonterías de esas.

Johnny Tuxedo nunca había tenido prejuicios de raza. No había sido partidario de discriminaciones. Le gustaba demasiado la música, las costumbres y los modos de ser y de pensar, de sufrir y de saber sufrir, soportándolo todo estoicamente, como solo hacen las grandes razas, del pueblo negro de América, de los herederos raciales de todos aquellos que habían sido llevados allí en sentinas y bodegas por los esclavistas sureños, muchos de estos posiblemente de sangre hispana, como rezaba la leyenda, pero en una gran mayoría de sangre sajona bien ingleses o ciudadanos americanos ya. De aquellos sufrimientos en los barcos de mercancía humana de negra piel, de aquella semilla viviente enviada a la joven América por la vieja África expoliara por los viles negreros, surgieron

muchas cosas Surgieron veinte millones de norteamericanos de piel oscura, por supuesto. Pero surgió también un modo de ser, de sentir, de sufrir, de expresar. Surgió todo lo que era el alma, el espíritu, la savia y el aliento de una música eterna e indestructible.

Johnny Tuxedo, ciudadano americano de raza blanca, hijo de blancos americanos, a su vez hijos de italianos, no podía sentir prejuicios de esa clase. Amaba la música que ahora escapaba, sincopada y caliente, por las más pequeñas e ínfimas rendijas del «Twenties Club». Amaba a los muchachos de piel de chocolate que, sudorosos y febriles, vibrando con lo suyo, con su tremenda y poderosa vitalidad de esclavos a la fuerza, de segregados indiferentes, que hacían de sus ritmos y sus músicas un lamento y no un himno de guerra, eran como antorchas vivientes, como llamaradas vitales y arrebatadoras de un mundo artístico, primario y sublime a la vez, capaz de arrollarlo todo con la potencialidad escondida, dormida durante siglos, de una raza que, según algunos sabios y científicos investigadores, pudo ser, en los orígenes del mundo, la dominadora de muchos puntos del planeta⁵.

No se podía decir que Johnny Tuxedo tuviera muchos prejuicios. Ni sociales ni raciales. Lo mismo sabía vivir rodeado de aristócratas o millonarios, que de asesinos y rufianes de la más baja calaña, en una celda de cualquier prisión. Quizá porque ambas cosas las había experimentado y había salido triunfante de la prueba.

Ahora se sentía un poco cansado de muchas cosas. Y, aun así, había vuelto a Nueva Orleans. Tenía sus razones para ello. Importantes razones. De peso, de mucho peso. Para Johnny Tuxedo, incluso hoy día, cuando el dinero ya no valía tanto como en tiempos del «ragtime» o de los «blues» candentes de Basin Street, un millón de dólares seguía siendo un millón de dólares...

Claro que entonces, en los furiosos «twenties» que daban su nombre a aquel vulgar local nocturno donde se estaba internando, un millón de dólares era una fortuna casi mítica. Como podría serlo ahora una docena de millones. O dos docenas tal vez. Pero en cualquier época, un millón es un millón.

Y un millón de razones, en forma de billetes verdes y legales, del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, le habían llevado a Nueva Orleans. Un millón de motivos, sin duda, para ver todo a su alrededor con gran indiferencia. Y con espíritu crítico, sutil, penetrante. Por si en alguna parte, en la más insignificante y tonta apariencia, estaba la clave para llegar, finalmente, a ese fabuloso, codiciado, magnético millón de dólares...

Para muchos, el regreso de Johnny Tuxedo iba a ser una gran

sorpresa. Para otros, una inquietud. En cualquiera de los casos, nadie esperaba a Johnny Tuxedo hoy día, en Nueva Orleans. Y King Kirkaid, menos que nadie.

—Buenas noches, señor. ¿Quiere una mesa?

Tuxedo se detuvo. Miró pensativo al «maître», a través del humo del cigarrillo que estaba fumando con ademanes de aristócrata. Afirmó luego, muy despacio.

—Sí, por favor —convino—. Cerca de la pista... Me gusta oír la música muy cerca.

—No se preocupe —sonrió el «Maître» de raza negra—. Hay alguna mesa como desea usted, señor. Podrá escuchar a Charlie Memphis como si estuviera su mágico clarinete pegado a su oído...

Le precedió por el corredor, en su parte final, más amplia, y le hizo pasar a la sala propiamente dicha. Una muchacha mulata, de mezcla muy liviana, que daba a su piel el color de la canela misma, vendía cigarrillos y dulces. También flores. Llevaba la inevitable falda corta, rutilante, por la parte alta de sus muslos bien formados. Le compró un paquete de cigarrillos con boquilla, más por atención a una muchachita tan joven y atractiva, que porque realmente necesitara cigarrillos. La sonrisa de gratitud de la joven, al recibir su generosa propina, resaltó la carnosidad sensual de sus labios.

—Gracias, señor —dijo la muchacha—. Solo «El Rey» da tan buenas propinas.

Johnny Tuxedo se alejó, sin volverse, sonriente aún a su pesar, camino de la mesa que ya el «maître» le señalaba, obsequioso. Pensó en lo que dijera la cigarrera del club: «El Rey»...

No necesitaba preguntar quién era. Aún seguían llamándole igual: «El Rey». Ya le llamaban así en los viejos tiempos, en Chicago. En el Chicago que ellos habían conocido, claro está. «El Rey» Kirkaid. King Kirkaid en persona. El dueño del «Twenties» en la actualidad. Era fiel a sus evocaciones. Fiel a sí mismo. «El Rey» de los años veinte... Aún seguía siéndolo en cierto modo, allí en Nueva Orleans. No era lo mismo, pero sonaba parecido, y eso ya era algo.

Ahora, el grupo tocaba música bailable. «Jazz» adulterado, aunque no demasiado, quizá por un poco de honradez profesional y otro poco de respeto a lo que eran y significaban para los verdaderos amantes del «jazz» auténtico.

«Duke Creole's Quartet». Johnny Tuxedo había conocido a un Duke Creole hacía años. Pero ya entonces era muy mayor el gran pianista. Ahora, el que veía ante el teclado, rivalizando en blancura sus dientes y las teclas de marfil del instrumento, era muy joven y

espigado. Pero se parecía al viejo Duke.

Tocando, y en la forma de llevar el ritmo, de mover su cuerpo en el asiento. Su hijo, sin duda.

Johnny Tuxedo se sintió repentinamente viejo ante esa idea. Había creído ir prevenido para muchas cosas. Pero la realidad siempre reserva sorpresas curiosas. Así, un simple nombre, una persona que hereda la aureola y el espíritu de una gran figura ya pasada, puede hacerle comprender a uno que el tiempo no ha sido algo vacío ni imaginario, sino un factor que pasó, dejando su pátina en los hombres, tras de resbalar sobre sus vidas...

—¿Bebida, señor? —le interrogó un camarero.

—Sí. Whisky. A la vieja usanza: en taza.

—¿En... taza, señor? —pestañeó el camarero, sorprendido.

—Sí —se echó a reír abierta, cordialmente, Johnny Tuxedo. Su diente de oro, único en la nítida dentadura que podía parecer postiza de puro blanca e igual, pero que pese a su avanzada edad era aún legítima, brilló con un destello dorado en su boca risueña. Inclino la canosa, noble cabeza que tanto había engañado a muchos en los tiempos en que era más importante parecer honorable que serlo—. En taza, muchacho. Tú no entenderías eso. Pero hubo tiempos en que había que tomar el *whisky* como si fuese manzanilla, tila o leche... Era una vieja época aquella. Para mucha gente, fea y antipática. No para mí...

—Creo entenderle, señor. ¿La Prohibición?

—Sí —suspiró Johnny Tuxedo—. La Prohibición... Una época dorada, amigo mío. La gente moría cuando tenía que morir, y nada más. No era tan brutal como algunos piensan. Incluso había gente refinada, inquieta, de gustos artísticos. Una gran época para el «jazz». Para el mejor «jazz», no para la bazofia que se escucha ahora por ahí...

—¿Bazofia? —el camarero hizo un gesto dubitativo—. No ha oído usted a Charlie. Si no, no diría eso.

—¿Charlie? ¿Qué Charlie?

—Charlie Memphis, naturalmente. Es algo grande. Un «fuera de serie».

—Entonces, cuando llamábamos a alguien «fuera de serie», ese alguien se llamaba Armstrong, Bechet, Teagarden, Krupa o Benny Goodman —fue el triste comentario de Tuxedo—. Ahora, cualquiera puede ser considerado un genio, sin que nadie se escandalice.

—Charlie Memphis «es» un genio, señor —afirmó rotundo el camarero—. Yo he oído suficiente «jazz» para saber lo que digo...

Tuxedo no pasaba a creer eso. Su movimiento de cabeza, harto

dubitativo, lo revelaba a las claras. Se quedó solo en la mesa, hasta que el camarero le sirvió su *whisky* en taza, como si de una infusión se tratase.

El joven Duke Creole terminaba su interpretación de «blues» al piano. Hubo aplausos. El pianista saludó como años atrás acostumbraba a hacerlo su padre. Tuxedo entornó los ojos, tras un sorbo de *whisky*. Evocó cosas. ¡Dios, cuántos años ya...! Solo ahora, metido de nuevo allí, como si Storyville volviese a ser el de antes, como si el Chicago del «hot jazz» 1930 estuviese otra vez en torno suyo, igual que una reencarnación imposible, como un viaje inaudito al pasado...

—Hola, Johnny.

Se estremeció imperceptiblemente. La voz. «Aquella» voz...

Había sonado muy cerca de él. A su espalda, cerca de su cuello, de su oído. Incluso el aliento de alguien le hirió, como una leve brisa cálida.

Trató de girar la cabeza, de volverse hacia donde sonara la voz. Algo lo impidió. La misma voz, y una leve presión llena de energía, en su hombro.

—No —dijeron—. No te vuelvas, Johnny. No hace falta. Sabes quién soy, ¿verdad?

—Sí, claro... ¿Cómo puedo ignorarlo?

—Pudiste haber olvidado...

—Nunca. Hay cosas que no se olvidan.

—Sin embargo, alguien dijo que Johnny Tuxedo tiene mala memoria...

—Lo sé. He tratado de olvidar muchas cosas. Pero nunca tuve mucho éxito.

—¿A qué has vuelto, Johnny?

Era una pregunta sorda, dolorida. La respuesta de Tuxedo fue apagada, triste también, como lo fuera el Interrogante de la persona situada en pie tras él.

—Tenía que volver —dijo sencillamente.

—¿Para qué? ¿Crees que eso va traer algo bueno?

—No sé —se encogió de hombros Johnny Tuxedo—. Eso ya no es cosa mía.

—¿De quién, entonces?

—De los demás... Yo he vuelto. No quiero jaleos ahora. El tiempo pasó.

—Sí, Johnny. El tiempo pasó...

—Tengo muchos años. Ya no soy el mismo Johnny Tuxedo de entonces.

—No. Eres más viejo. Se te ve mayor, cansado, lento... Pero vienes a buscar lo mismo de siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo entiendes muy bien: dinero, poder, éxito... Es lo que siempre buscaste en la vida, Johnny.

—Puedes estar en un error.

—No lo estoy. Lo sé. Y lo sabes tú.

—Deja que te explique...

—¿Para qué? Ibas a explicarme mentiras. Como siempre.

—Ahora es distinto, entiéndelo.

—¿Por qué había de serlo? Los hombres como tú, envejecen porque todos hemos de envejecer. Pero eso no significa forzosamente que cambien. Ni que sean diferentes. Sigues siendo tú, Johnny. Yo sé lo que has venido a buscar en Nueva Orleans.

—¿Qué? —casi retuvo el aliento Johnny, apoyando sus manos frías, pálidas, en la mesa. Siempre sin volverse.

—Buscas un millón de dólares. De viejos dólares. Y un hijo...

—¡No!

Esta vez se volvió, pese al esfuerzo de su interlocutor para que no lo hiciera. Se encaró a la persona erguida tras él, que retiró vivamente su mano del hombro de Johnny. Este se quedó mirando largamente a la persona con quien estaba hablando. Pestañeó, con sorpresa, estremeciéndose vivamente.

—Dios mío, Lena... ¿Qué... ha pasado?

Ella continuaba erguida, rígida, su mirada perdida en el vacío de la sala, tras los oscuros vidrios de sus gafas, amplias y redondas. Había algo de autómatas en su arrogante figura de piel de bronce con matices de suave ébano. Alrededor de las gafas, cicatrices, huellas deformes en sus pómulos, frente y nariz...

—No debiste volverte, Johnny —suspiró ella—. Era mejor del otro modo...

—¡Lena! ¿Qué te ocurrió? ¿Un accidente acaso?

—¿Accidente? —una extraña sonrisa asomó a los labios carnosos de la mulata. Negó lenta, muy lentamente—. No, no. Fue... vitriolo.

—¡Vitriolo! —se excitó Johnny.

—Calma, calma. Pasó hace tiempo. Ya lo he olvidado casi por completo. Una se puede acostumbrar a todo. Solo hay que proponérselo.

—Esas cicatrices... Tus ojos... Lena, ¿y tus ojos?

Ella suspiró. Bajó la cabeza.

—Ciegos —dijo roncamente—. No veo, Johnny. Nada en absoluto...

—¿Qué?

—El ácido alcanzó mis pupilas... No pudieron hacer nada por salvarlas. Mala suerte, Johnny. Pero nunca hubiera podido olvidar tu voz, tu modo de andar. Enseguida supe que eras tú. Tú...

—Lena... —Johnny Tuxedo, en pie ya, puso sus manos trémulas en los brazos desnudos, tersos, de la mulata arrogante—. Lena, ¿quién... quién fue el canalla?

—Oh, Johnny, eso ya no importa. Es una vieja historia...

—¡Importa mucho! —encajó fieramente las mandíbulas—. Quiero saberlo... Quiero saber quién fue el perro que... que cegó esos ojos, que destrozó esa cara... ¿Quién, Lena? Habla, por el amor de Dios...

Ella hizo un ademán con la cabeza. Habló en voz baja:

—Por favor, Johnny... Vas a escandalizar mucho aquí. Eso no le gusta a King Kirkaid...

—¡Al diablo con King! No... no sería él, ¿verdad?

Lena meneó negativamente la cabeza. Pero su respuesta no aclaró nada:

—Te aseguro que no lo sé. No lo supe nunca, Johnny... Todo fue por sorpresa, inesperadamente. Ni siquiera sé quién me arrojó el ácido a la cara aquella noche.

—Pero tuvo que haber un motivo, una razón, algo que provocase el atentado... ¿Había algo, Lena? Di, ¿había algo que justificara ese crimen abominable?

Ella suspiró, afirmando despacio.

—Sí, Johnny —confesó—. Había algo...

—¿Qué era?

Los ojos sin luz, parecieron contemplarle, al clavarse en él, a través de los negros costales de sus gafas de ciega. La respuesta fue amarga, desganada:

—¿Qué importa ya eso, Johnny? ¿Qué importa nada ahora, cuando ha pasado el tiempo y nada puede arreglarse ya?

—¡Algo se puede arreglar! —encajó Johnny las mandíbulas con energía—. Aloe. Lena... Vengar lo que te hicieron, hacer justicia...

—Justicia, venganza... —se encogió ella de hombros—. ¿Me devolverá eso la vista, Johnny?

Tuxedo inclinó la cabeza. Negó, despacio, con hastío y con dolor.

—No, claro que no... —jadeó—. ¿Y la Policía, Lena? ¿Qué hicieron ellos al ocurrirte eso?

—Nada. No se podía hacer nada. No había pruebas.

—¡Pruebas! Siempre pruebas...

—Es la Ley —sonrió amargamente Lena—. ¿Recuerdas los viejos

tiempos? Eso te libró muchas veces...

—Es curioso que aquello que nos beneficia tanto, logre irritarnos cuando el beneficiado es un enemigo —masculló Tuxedo entre dientes. Arrugó el ceño, contemplando con tristeza infinita a la mujer que, en su tiempo, fuera una Ella Fitzgerald, una Mahalia Jackson. Lena Savoy. La gran Lena Savoy, la creadora máxima del «espiritual», del «blues» de Basin Street... Sí, el tiempo había pasado. Muy deprisa. Muy doloroso. Recordó algo que, en realidad, nunca había llegado a olvidar. Y preguntó bruscamente, con una transición—: Y... ¿y «ella», Lena?

—¿Ella? ¿Tu hija?

—Sí... —apenas un murmullo era ahora la voz de Johnny Tuxedo—. Mi hija, Lena...

—Está bien.

—Sí, pero ¿dónde?

—Johnny, sería mejor que no la vieses. Ella... ella cree que su padre murió hace años, cuando era pequeña. Me pareció mejor hacerlo así.

—Claro, entiendo eso muy bien, Lena. No le diré nada. Pero... pero quisiera conocerla, verla...

—Puedes cometer un error, Johnny. Un serio error y...

—No habrá errores. Ninguno. Te lo prometo.

—Está bien —suspiró Lena—. La verás.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—Esta noche... —se estremeció Johnny Tuxedo—. ¿Dónde?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿En el club?

—Sí, Johnny.

—¿Qué hace ella en un lugar como este? Esperaba que te portases de otro modo con ella, que te impidieras vivir en ambientes como aquellos en los que tú y yo vivimos siempre... —enmudeció unos momentos. Otra vez, como una extraña obsesión apagada y lejana, le llegó la melodía inevitable, la inspiración musical del viejo y grande Bechet: «Little Flower», «Petite Fleur», «Pequeña Flor»... Acaso por ello asoció ideas. Y remachó, expresándose rudamente—: Esperaba que fuese como... como una pequeña flor ella también. Situada fuera de la basura, del fango, de la suciedad y de lo podrido...

Lena le miró sin verle, como ella miraba ahora inevitablemente. Se encogió de hombros, con aire cansado. Una especie de sombra de sonrisa animó sus carnosos labios.

—A veces, Johnny, nuestros hijos son mejores que nosotros mismos. Y pueden pasar por la suciedad, por lo maloliente, como esas bellas flores de los pantanos, que crecen lozanas, con un brillo y un color radiantes, aun en medio de los detritus... Rossie es de esas, Johnny.

—¿Rossie? ¿Le pusiste ese nombre?

—Sí... Rossie puede deslizarse por todo esto, sin que le manche nada ni nadie. Tiene su criterio. Ha estudiado, ha aprendido lo bueno y lo malo y, sobre todo, ha aprendido a distinguir una cosa de otra. Ama el «jazz», Johnny, y eso no es malo. La dejo que lo cultive. Tiene derecho a ello, si es su vocación...

—Sí, supongo que tiene derecho a muchas cosas. Solo temo por ella, Lena. Ni tú ni yo fuimos tontos jamás. Y ya ves lo que la vida hizo de nosotros. Tú, has perdido la luz de tus ojos. Yo... perdí la libertad, la fe en los demás, la esperanza en un futuro mejor... Siempre se pierde algo, Lena, por mucho cuidado que uno lleve. No quisiera que Rossie, que mi hija y tu hija, pudiera perder la honestidad, la pureza, la buena fe...

—Eso no sucederá mientras yo viva, Johnny —rechazó Lena—. Mis ojos no tienen luz. Pero mi corazón, sí. No dejaré que nadie destruya la vida de Rossie, si a eso te refieres... Por favor, Johnny, ¿qué hora es ahora?

El miró su reloj. Se lo dijo, arrugando levemente el ceño:

—Las once y diez... ¿Por qué lo preguntas?

—Tú me dijiste antes que deseabas ver a tu hija... Bien, Johnny. La pieza está terminando. Vas a verla ahora...

—¿Cómo? —vaciló él, perplejo.

La orquestina terminó. En ese momento justo, se inició un «solo» de clarinete, realmente limpio, profundo, vibrante, sensacional. Un «solo» como únicamente podían interpretarlo los genios. Tuxedo se sintió arrebatado de repente por aquel arranque prodigioso de instrumento solista. Miró la enjuta y pálida figura de Charlie Memphis, en medio del ambiente de cálido color oscuro. Acaso Lena tenía razón. Acaso, realmente, Charlie Memphis era uno de los superdotados, de los elegidos por la inspiración del mejor «jazz».

—Cielos, ese muchacho... —susurró Johnny Tuxedo entre dientes—. ¡Qué prodigio!

—Te lo dije —rio apagadamente Lena Savoy. Es un genio. De los auténticos genios de cualquier época, Johnny.

—Sí, ya veo... —Johnny meneó la cabeza, estupefacto—. Una vez oí hablar en la cárcel de un clarinetista como Charlie. Pero no se

Jamaba Charlie Memphis. Ni siquiera era de raza blanca. Un joven negro, Tatum Jackson...

—Tatum Jackson —Lena se encogió de hombros, afirmando con la cabeza—. Oí hablar de él. Muchos oyeron hablar de él. Murió.

—¿Murió?

—Eso se dijo. Lo cierto es que ya nadie le vio jamás. Charlie no tiene rival ahora. Es el mejor, si es que Tatum llegó a ser mejor que él alguna vez...

A través de la neblina azul, Johnny Tuxedo contempló a Charlie Memphis. El joven pálido, nervioso, cubierta su enjuta faz por el brillo húmedo de la transpiración, se agitaba, con el instrumento en los labios, miraba al público, cruzaba su mirada febril con todos, incluso con la ciega Lena, con él mismo, para tocar en éxtasis, para interpretar su pieza, con sorprendente calidad, con una variedad fabulosa de matices, como acaso el propio Bechet lo habría hecho, de estar en su lugar.

Y, de repente, surgió ella.

Como una visión sorprendente de belleza, de estilización, de armonía de líneas y movimientos. Todo ello, acompañado por una voz caliente, sensual, profunda y dulce a la vez, insinuante e ingenua, en extraña mezcla:

»—Cuando se retiraron las aguas tuve que hacer mi maleta y marcharme.

Tuve que marcharme de mi hogar, porque mi casa era solo ruinas y ya no podía seguir viviendo en ella...»⁶

Tuxedo contempló, mudo de asombro y de admiración, aquella figura esbelta, sinuosa, todo juventud, acaso adolescencia incluso, que era la de la joven de color bronce, al filo mismo de la raza blanca, pero con una mezcla tenue, sutil, de sangre negra en sus venas. Aquella cabellera oscura, sin rizos, pero ondulada y brillante; aquellos ojos negros, rasgados y centelleantes, aquella breve nariz, sin la forma achatada de la raza de ébano, aquellos labios carnosos, sin llegar a ser abultados ni gruesos. Aquella figura de tensos pechos juveniles, pequeños y firmes, de cimbreante cintura, de caderas sinuosas, de largas piernas, que la falda de, ceñida seda permitían dibujar hasta la elasticidad broncea de unos muslos bien torneados.

—Esa muchacha... —siseó Johnny, con un escalofrío—. Esa muchacha es...

—Rossie «Little Flower» Savoy —recitó apagadamente Lena—. La nueva figura del «estilo New Orleans», Johnny.

—Cielos... De modo que es ella. Es ella, mí... mí...

—Sí, Johnny. Es ella. Es tu hija.

En ese preciso momento sonó el disparo en el «Twenties Club». Un disparo de arma de fuego corta.

Rossie gritó en el escenario. Se desplomó ante las piernas nervudas y enjutas, de blanco pantalón, del clarinetista Charlie Memphis, que la miró con asombro. Gritó Johnny Tuxedo, desgarradoramente.

Y se apagaron las luces, sumiendo todo el local en la más profunda oscuridad.

La orquestina dejó de tocar. El silencio fue tan espeso como las tinieblas.

II

E

L apagón duró apenas un minuto. Pero fue un minuto de tremenda confusión, de voces, carreras y ruidos de sillas, mesas e incluso algunos servicios quebrados en el bullicio de alarma provocado tras el disparo, la caída de la joven cantante y el momento de apagarse las luces.

—¡Quietos! —sonó una voz poderosa, llena de autoridad, en medio de las tinieblas y el desorden—. ¡Quietos todos, por favor! ¡Les habla King Kirkaid! ¡No sucede nada! ¡Tengan calma, y nada va a ocurrir tampoco! ¡Mi personal cuida de la seguridad de todos ustedes! ¡No se alteren, no cometan imprudencias ni se dejen vencer por el pánico!

Kirkaid tenía autoridad... allí. Se le respetaba y temía en gran parte de Nueva Orleans. Pero no era suficiente para dominar la inquietud general, pese a que varias lámparas eléctricas pestañearon en la sombra, trazando líneas lechosas de claridad entre las mesas. Hombres con el uniforme de camareros o «maîtres» del «Twenties Club», hicieron ostensible su poderosa humanidad, no lejos de las mesas de clientes, para imponer orden en cuantos sintieran el aguijonazo del miedo.

Finalmente, se encendieron de nuevo las luces. Algún empleado de Kirkaid había accionado una línea de energía eléctrica de emergencia, porque Johnny Tuxedo observó que el voltaje de la claridad actual en la sala era inferior a la primitiva.

Apenas encendidas las luces, todas las miradas convergieron en el escenario de la orquestina. Allí, continuaba en el suelo Rossie «Little Flower». Tuxedo, que se había movido a ciegas, tanteando entre las mesas y sillas, corrió ahora hasta alcanzar el estrado. Brincó elásticamente, con agilidad sorprendente a su edad, y se encontró junto al clarinetista Charlie Memphis, que se inclinaba, atendiendo a la muchacha, lo mismo que otros miembros de su conjunto orquestal. Ya unos momentos antes de hacerlo Johnny, un hombre joven, un desconocido que no parecía pertenecer al club ni a la orquesta, brincaba asimismo, para precipitarse presuroso sobre

la inerte Rossie, cuyo aspecto examinó con avidez.

—¿Qué ha ocurrido? —jadeó Johnny—. ¿Está herida?

Charlie Memphis le miró, indiferente. Meneó la cabeza, encogiéndose levemente de hombros.

—No es importante, al parecer —señaló—. Un rasguño solamente. La bala rozó su mejilla.

—Pero no vuelve en sí... —se angustió Tuxedo, contemplando el rostro terso, inexpresivo, de la joven víctima.

—Es un desvanecimiento, estoy seguro —afirmó el clarinetista—. ¿Quién es usted? ¿Familia de ella, acaso?

—No... no —rechazó Johnny Tuxedo, tras una breve duda—. Solo soy un cliente... Amigo de la madre de esta joven.

—¿De Lena Savoy? —la mirada de Memphis se dirigió a la mestiza ciega, que se movía con sorprendente facilidad, pese a su defecto físico, camino del estrado de los músicos, igualmente con gesto convulso, alarmado.

—Sí, sí —se apresuró a afirmar Johnny—. Ella me dijo que Rossie es su hija... y entonces sonó el disparo. Fue horrible...

Se detuvo Johnny. De repente, había descubierto una mirada fija en él. Una extraña y profunda mirada. La de unos ojos pardos, agudos y fríos, clavados en su rostro. Los ojos de aquel joven desconocido, arrodillado ahora junto a Rossie, y que hacía gestos hacia los empleados del local, como requiriendo algo de ellos.

Los camareros acudieron. El hombre joven le dijo algo al oído, y el empleado se alejó, presuroso. El local continuaba envuelto en su mágica neblina azul, en su olor típico a sudores y a hacinamiento humano de diversas razas. Pero el hechizo, el magnetismo peculiar del ambiente de «jazz», se había roto definitivamente. Un disparo, una muchacha herida, que además era Rossie «Little Flower», la predilecta de los «jazz-men» del «Twenties Club», y un apagón misterioso, eran suficientes motivos para estropear la fiesta. Incluso Charlie Memphis, decaído y ceñudo, parecía darse perfecta cuenta de eso.

Poco después, ante la mirada impaciente de Johnny Tuxedo, aparecía la humanidad maciza, firme, rotunda, de King Kirkaid. Del «Rey» Kirkaid, tanto por su primer apellido como por su categoría dentro del ambiente nocturno de Nueva Orleans.

—¿Cómo están las cosas? —indagó—. ¿Rossie se encuentra bien?

—Fue poca cosa, King —era el joven desconocido para Tuxedo quien hablaba ahora con el dueño del local. Su tono era seco, su voz reposada, fría, concisa. Los músculos de su rostro, joven y

anguloso, no se movían apenas, salvo para modular las palabras concretas que emitía—: Un arañazo en la mejilla, justo junto al pómulos. La bala se hincó luego en la batería del conjunto. Hemos visto el orificio de entrada en el parche delantero, incrustándose luego en la banda lateral. Hubo suerte para todos. He enviado a uno de sus hombres a por un médico, sin embargo. Será mejor así. Creo que Rossie sufrió un fuerte susto, al sentirse herida. ¿Saben algo sobre el tirador?

—Mis hombres están investigando eso —explicó Kirkaid—. Al parecer, el disparo se hizo desde un palco de arriba. Los clientes de esos palcos son todos gente conocida. Quedaban tres palcos vacíos, y es posible que uno de ellos sirviera de punto de partida al disparo, Wade. Se va a comprobar eso también.

—Pero ¿sobre el autor del disparo...?

—Nada —suspiró el dueño del «Twenties»—. Absolutamente nada, Wade. Pudo haberse ido muy lejos en lo que duró el apagón.

—¿Y el apagón se produjo...?

—Por intervención en el cuadro de interruptores de arriba. Eso confirma que el tirador estaba por los palcos emboscado. Y que conoce bien el local. Nada más disparar, cortó la corriente. Y no hay duda que se mezcló con el resto de la gente, para pasar inadvertido. Ahora puede ser cualquiera de los que están aquí.

—Incluso usted —señaló fríamente el hombre llamado Wade.

King Kirkaid no se sintió ofendido al parecer. En vez de ello, soltó una risita sardónica e inclinó la cabeza.

—E incluso yo, por supuesto —convino—. Pero sería absurdo.

—¿Absurdo?

—Claro. No tengo el menor motivo para disparar sobre esa muchacha ni sobre nadie. Es más, este incidente perjudicará mi local. No estamos en los tiempos de Chicago, Wade, y a la gente le gusta vivir apaciblemente, sin sobresaltos.

—Yo no creo que nadie disparase sobre Rossie.

Aquel comentario era conciso y tajante. Todos giraron la cabeza hacia quien había hablado. Era Charlie Memphis. El más interesado era Johnny Tuxedo en todo aquello, aunque aparentaba indiferencia y había acudido rápido a interponerse para que Lena Savoy no hiciese una escena, tranquilizándola respecto al estado de Rossie con unas breves palabras susurradas a su oído.

—¿Por qué dice eso, Charlie? —frunció Kirkaid el ceño—. Ella sufre una herida. Es obvio que el disparo iba hacia este estrado...

—Eso, sí. Pero aquí, además de Rossie, estábamos todos nosotros —sonrió con extraña expresión el clarinetista.

—¿A dónde va a parar? —se interesó a su vez el joven Wade, incorporándose.

—A una conclusión perfectamente lógica —suspiró Charlie Memphis—. Esa bala iba dirigida a mí. Era yo quien debía ser asesinado esta noche...

* * *

—Era usted quien debía ser asesinado, Memphis. Es lo que usted dijo. ¿Por qué supone tal cosa?

—Es muy simple: nadie desearía hacer daño a Rossie. Nadie... salvó gentes como Amanda. O como Gene «Kentucky» Doods...

—¿Amanda? —se intrigó Wade—. ¿Quién es ella?

—Una muchacha de color que trabaja en el «Twenties». Está celosa de Rossie. Pero no creo que hiciera nada de eso contra ella.

—Habló también de Gene Doods. Es el secretario de Kirkaid. ¿Cómo puede sospechar que él pudiera hacer fuego?

—Sí, Memphis —el tono de Kirkaid era duro—. ¿Por qué dijo eso de Doods? Es mi hombre de confianza.

—Últimamente... ha estado molestando a veces a Rossie —habló dubitativo Memphis, como si le disgustara referirse a eso.

—¿Doods? —esta vez fue Wade quien endureció vivamente su tono—. ¿Ese hombre se atrevió a...?

—Bueno, usted sabe cómo es Doods. Y Rossie es una muchacha esquivia, que se hace respetar —ponderó Charlie con sencillez, sin ánimo de alabanza—. Ella se bastó para apartarle sin pérdida de tiempo, con toda energía. Pero eso podría dar lugar a un despecho, a un rencor provocado por celos o algo así...

—Es absurdo —rechazó Kirkaid con aspereza—. Todos saben aquí que Rossie es una muchacha decente y seria. Y que solo acepta cortesías y se deja acompañar de un hombre: usted, Wade Stewart.

Johnny Tuxedo no estaba presente en la reunión. Esta se celebraba ahora en el despacho de Kirkaid, allá al fondo del local. Pero le era posible oír cuanto hablaban y ver los rostros de los presentes, a través de una rendija discreta, en la puerta entornada de la habitación contigua. Debía a Lena ese informe que le había permitido acceso a aquella dependencia, para seguir asistiendo a la entrevista de Memphis el clarinetista, el empresario Kirkaid y el misterioso joven Wade, que resultaba llamarse Stewart, según acababa de oír, y que también resultaba ser el único amigo de Rossie «Little Flower». El único amigo de su hija...

—Hablaré de eso con su secretario Doods, Kirkaid —le avisó

acrememente Wade al empresario del local—. Pero, entretanto, Memphis, aclárenos usted algo. ¿Por qué supone que dispararon contra usted? ¿Tiene sentido que quisieran matarle de un balazo?

Hubo un largo silencio. Tuxedo, desde la oscuridad de aquella especie de trastienda o almacén del «Twenties Club», situada junto al despacho de Kirkaid, podía contemplar con total perfección a los tres hombres reunidos allí tras el atentado misterioso acontecido en el local, y el envío de Rossie a su casa, en compañía de Lena, su madre. Johnny había visto a su hija con el conocimiento recuperado, pero aturdida y sollozante aún, tras el «shock» sufrido al sentir el roce del proyectil en su rostro. Por ese lado estaba tranquilo. Pero ¿de qué hablaban ahora en el despacho de Kirkaid? ¿Qué sorprendentes novedades iba a reportar Memphis el músico, al revelar que temía por su vida?

La respuesta llegó ahora. Memphis había bajado la cabeza, hablando con lentitud, acaso con un poco de dificultad en la exposición de ciertos hechos que no le gustaba airear y que, sin duda, las circunstancias se encargaban de obligarle a presentar ante los demás.

—Estoy citado para declarar en una vista por homicidio —declaró—. Soy un testigo peligroso para alguien.

Otro silencio. Kirkaid y Wade se miraron con sorpresa. Johnny Tuxedo se puso rígido. ¿«Estilo New Orleans»? No. Aquello más bien le recordaba el «Estilo Chicago». Un testigo importante, una causa por homicidio. Y un intento de tapar una boca, de silenciar a tiros al testigo...

—Es ridículo —opinó Kirkaid, encogiendo sus anchos, macizos hombros—. No estamos en los tiempos de sus antecesores, Charlie. No se deje influir por lo que cuenten las viejas glorias del «jazz» que conocieron a Torrio o a Capone. Eso pasó a la historia.

—No siempre ocurre así —cortó Wade, seco—. Deje que Memphis hable, Kirkaid. Siga, Charlie. Le escucho.

—Gracias, señor Stewart —pareció agradecido el joven clarinetista. Sudaba al hablar de esto, como al ejecutar un «solo» de un «blue» de Bechet—. Es la verdad. Debo ir dentro de tres días a declarar ante el Jurado y el Tribunal. Temo que no me dejen llegar a entonces con vida.

—Tranquilícese. Si ello es así, será protegido. ¿Qué procesó es ese, Charlie?

—Por el asesinato de Tatum Jackson.

—¿Tatum Jackson? —Wade Stewart enarcó las cejas, sorprendido—. Ese hombre... era clarinetista también.

—El mejor clarinetista que jamás habrá. El mejor que existía últimamente, por supuesto.

—¿Mejor que usted?

—Yo soy solo un pálido discípulo suyo —sonrió Charlie, con amargura.

«Modestia y humildad excesivas», se dijo Johnny Tuxedo. Para él, aquel muchacho era mucho más que un pobre discípulo de Tatum. Pero lo interesante no era eso ahora. Era que Lena le había hablado de Tatum muerto, sin añadir más. Ahora, resultaba existir un asesinato por medio. Alguien había matado a Tatum. Pero ¿quién?

—¿Usted vio morir a Tatum? —se interesó Kirkaid, sin desviar sus ojos agudos y calculadores del rostro magro, incoloro y sudoroso de Charlie Memphis.

En el gesto del joven músico se advirtió una repentina sombra de cautela, de guardia ante todo posible riesgo o imprudencia. Objetó gravemente:

—Prometí guardar silencio hasta testificar ante el juez —señaló—. Pero puedo anticiparle algo: yo vi morir a Tatum, Kirkaid. Y posiblemente mi testimonio pruebe al Jurado que esa muerte no tuvo nada de accidental.

—Según todos, Tatum desapareció—. No se ha sabido más... —rechazó King, irritado.

—Claro que desapareció. En el estuario del río, Kirkaid. Fui el último en verle vivo. Posiblemente jamás aparezca su cuerpo. Pero podría probarse que alguien le mató, aun sin existir el cuerpo del delito.

—¿Cómo, Charlie? —se interesó Wade, pensativo.

Memphis se encogió de hombros, con una leve mueca enigmática. Obviamente, había recibido instrucciones legales para no exponer nada a nadie sobre ese asunto. Luego, se limitó a comentar, con aire de dar ahí por terminado el asunto:

—No esperen nada espectacular, de cualquier modo. No sé quién pudo hacer tal cosa, ni sé qué identidad tendría el presunto asesino. Pero tengo una serie de datos que relatar, que probarán sin lugar a dudas a cualquier Jurado la posibilidad casi absoluta de que Tatum Jackson esté muerto... a manos de un homicida. No sería muy extraño que ese homicida no esté demasiado seguro respecto a cuanto yo sé y, en la duda, opte por eliminarme, para no correr riesgos.

—Memphis, una sola pregunta más sobre ese raro asunto de Tatum Jackson —indagó Wade—. ¿Por qué podría matar nadie a un

hombre como Tatum Jackson? ¿Tiene alguna idea sobre ello?

Charlie soltó una seca carcajada. Miró al joven de ojos pardos con cierta extrañeza cuando le respondió:

—¿Y usted pregunta eso, señor Stewart? Yo podría decirle sin temor a equivocarme, que Tatum Jackson era uno de los principales distribuidores de narcóticos en Nueva Orleans... Había millones en juego. Y un delito muy perseguido, que acaso siga impune con el silencio de Tatum... ¿No sabía usted nada de eso, Stewart, siendo como es un agente federal, de la División de Narcóticos, y que, como su propio padre, el agente federal Glenn Stewart, de la División de Narcóticos en Chicago, muerto en el cumplimiento de su deber, persigue a los traficantes en drogas estupefacientes, hasta terminar con ellos implacablemente?

Wade Stewart afirmó lentamente, con expresión grave, contemplando a Charlie Memphis muy pensativo.

—Cierto, Charlie —asintió—. Pero nunca estuve seguro de que Tatum estuviera mezclado en la organización tras la que voy ahora... Es posible que me falte experiencia. La experiencia que mi padre tuvo siempre, para vencer a los grandes traficantes de narcóticos de Cícero, hace un puñado de años...

«La experiencia que hizo falta para que un cochino polizonte federal llamado Glenn Stewart enviase a prisión por casi veinte años a un hombre tan listo y peligroso como Johnny Tuxedo», pensó Johnny para sí, dominado por la ira, al identificar al hijo del hombre con quien tenía una vieja deuda de odio, de rencor, de sentimientos exacerbados por la larga condena...

—Será mejor que no intentes nada raro, amigo —sonó una voz tras de Johnny Tuxedo, repentinamente.

Y un cilindro metálico, frío y rígido, se hincó en sus costillas, empujándole hacia adelante. Se quedó quieto, envarado, sin atreverse a hacer el menor movimiento que sirviera de pretexto a un disparo a bocajarro de quien tenía detrás de sí en la oscura trastienda.

—No dispare —silabeó—. No voy siquiera armado...

—Será mejor para ti, espía —masculló el desconocido situado tras él—. Vamos, adelante. Si querías asistir a esa reunión, vas a hacerlo. Pero sabiéndolo todos los demás, amiguito...

Abrieron la puerta. Los tres hombres se volvieron con sobresalto, mirándole. Johnny Tuxedo supo que ahora sí le había reconocido King Kirkaid. Sus palabras así lo probaron bien pronto:

—¡Tuxedo! Johnny Tuxedo en persona... Otro fantasma de los veintes, Wade... Ahí tiene a un hombre a quién su padre machacó

implacablemente hace años. ¿Qué has venido a hacer en Nueva Orleans ahora? ¿Vengarte de algo?

Johnny negó lentamente.

—No —suspiró—. Sencillamente, he vuelto, Kirkaid. Pero veo que a veces veinte años son muy pocos para que el pasado haya muerto...

III

D

EBO darle las gracias, señor Stewart?

—¿Las gracias? ¿Por qué?

—Por haberme sacado de las garras de «Rey» Kirkaid y de su pistolero a sueldo, el que me sorprendió escuchando...

Wade estudió pensativo al hombre sentado al lado opuesto de su mesa de trabajo. Sobre ellos, en el muro, los pliegues de la bandera nacional parecían envolver amorosamente al presidente en su marco sobrio, de madera barnizada. Junto a todo ello, como símbolo de tantas cosas entrañables y hondas, el emblema federal, el escudo de la Oficina Federal de Investigación.

—Creo que está lleno de resentimientos, Tuxedo —declaró Wade—. Eso es lo que deduzco por sus palabras...

—Eso a usted no le importa. Soy un hombre libre. Pagué mi deuda con la Justicia. Ahora no delinco ya. Eso pertenece al pasado, y no pueden retenerme ni hacerme cosa alguna, mientras no prueben que he cambiado otra vez de vida, volviendo a las andadas. Cosa que, ciertamente, no ocurrirá.

—¿Regenerado?

—No sé —Tuxedo se encogió de hombros—. Diga más bien que arrepentido de pagar tanto por tan poco...

—Un millón de dólares no es poco dinero.

Pestañeó Tuxedo. Aparte de eso, su rostro se mantuvo impassible.

—¿Un millón? —repitió—. No sé de qué me habla...

—Vamos, no sea ingenuo —suspiró Wade—. Lo sabe todo el mundo en Nueva Orleans. Usted jamás devolvió a la sociedad ese millón. Y es, quizá, el único que sabe dónde se halla ahora. Cierto que un millón no vale ya tanto como el día en que usted fue a prisión, porque en veinte años cambia mucho el valor adquisitivo de una moneda, pero... sigue siendo un millón, eso sí.

—Sigo sin ver adónde va a parar con todo eso, federal. No poseo ningún millón, ni sé nada sobre tesoros escondidos. Supongo que ese género literario de piratas e islas con cofre enterrado pasó también a la historia. Ya entonces comenzaba a estar anticuado.

—Su sarcasmo es muy grande, Tuxedo. Pero usted no es ningún tonto—. Wade se apoyó con ambas manos en su mesa e inclinóse hacia él vivamente—. No espera engañarme en absoluto, ¿no es cierto?

—Difícilmente podría engañar a nadie —la sonrisa de Johnny fue amarga—. Ni siquiera supe engañar a su padre, hace años...

—Mi padre, sí... —suspiró Wade, meneando la cabeza. Sus pardas pupilas penetrantes parecieron escudriñar cada recoveco de la mente de Tuxedo. Pero eso sabía el federal cuán difícil podía resultar—. Supongo que la vieja historia despierta su odio, su afán de revancha y todo eso... Debe sentir por mí muy escasa simpatía, ahora que sabe que yo soy un Stewart, como el hombre que le envió a prisión...

Johnny Tuxedo estudio a su vez la faz de Wade. Estuvo unos momentos en silencio. Luego, su respuesta fue desconcertante e imprevista:

—No podría odiarle, Stewart.

—¿No? —Wade enarcó las cejas, dubitativo.

—Detesto el melodrama —sonrió Tuxedo, con aire enigmático—. ¿Espera que le busque con un arma y le asesine, solo porque su padre me capturó entonces?

—No sé lo que puede hacer un hombre, después de tantos años de encierro, Tuxedo. Habitualmente, se culpa a un policía de todo ello. Y no puede olvidar que soy hijo de Stewart. Y Policía también...

—Policía... —Tuxedo afirmó, irritado—. Sí, eso me asquea. No le tengo ninguna simpatía, Wade Stewart. Porque es usted policía. No le tuve tampoco simpatía alguna a su padre, Glenn Stewart, porque era un policía. Me dan alergia los polizontes, incluso cuando no cometo delitos, como ahora. No les ayudaría jamás, ciertamente, ni me gustaría cumplir mis deberes ciudadanos, si con ello prestaba un servicio a los polizontes. Pero ahí termina todo. Yo cometí un delito. Me cazó su padre, cómo pudo ser cualquier otro esbirro de la Ley. Personalmente, no hay nada de nada. Y menos aún con usted, como persona, al margen de su tarea. Es hijo suyo. Bien. Eso no significa nada. Un hijo no tiene culpa de los errores que pueda cometer su padre...

Wade le estudió en silencio, largamente.

—¿Por qué dice eso, Tuxedo? —preguntó—. ¿Qué sabe usted en ese sentido?

—Lo suficiente —le miró altivo, fijo. Apretó los labios, como negándose a revelar algo que pugnaba por escapar de su interior.

Luego, remachó—: Imagino que va a arrestarme ahora, ¿no es cierto?

—¿Arrestarle? ¿Por qué? Usted ha dicho que pagó su deuda con la Justicia, y que ya no tiene nada que temer.

—Pero yo estaba en el «Twenties Club» esta noche. Y, según ese músico, quien disparó lo hizo contra él, para evitar que declarase en un juicio por cuestión de narcóticos. Yo estuve metido en esa clase de negocios y pagué por ella. Es fácil sospechar de mí, ¿no?

—Era fácil, sí —convino Wade—. Pero Lena declaró en su favor. Estaba hablando con usted cuando sonó el disparo y se apagaron las luces. También Charlie Memphis asegura haberle visto en su mesa y confirmó que no le vio moverse de allí, antes de suceder todo ello.

—Menos mal —suspiró Johnny Tuxedo—. ¿Puedo marcharme, entonces?

—Cuando quiera. Solo le traje aquí para hacerle algunas preguntas. Puede negarse a responder, claro está.

—Esté seguro de que me negaré. Ya le dije que yo no ayudo la Policía. Y menos aún al F.B.I.

—Sin embargo, el F.B.I. o la Policía pueden ayudarle a usted, Tuxedo.

—¿A mí? ¿En qué, Stewart?

—No parece pensar en que usted está ahora libre, y mucha gente del hampa de esta ciudad no estará a gusto con eso. Por otro lado, alguien más tendrá interés en hallar ese millón de dólares, real o imaginario, que todos atribuyen a su conocimiento, Tuxedo. Si se les ocurre ponerle en dificultades para arrancarle lo que sabe o lo que ellos creen que sabe... puede peligrar su pellejo incluso. ¿No se le ha ocurrido jamás semejante posibilidad?

—He de confesar que no. Esperaba que nadie se preocupase por mí, después de todo este tiempo.

—Y así sería tal vez, Tuxedo... si no fuese por ese millón escondido.

—¿Otra vez la historia del viejo tesoro?

—Y miles de veces más. Solo terminará eso cuando usted revele a la Ley dónde está ese dinero... o cuando ellos se lo quiten. Y, posiblemente, le asesinen también...

Johnny Tuxedo se encogió de hombros. No parecía preocuparle demasiado el riesgo que corriese su propia vida. Pero, en realidad, Wade captó en el fondo de sus ojos una especie de sombra de intensa preocupación, que el ex «gangsters», el antiguo prohombre del hampa de Chicago y de Nueva Orleans, procuraba por todos los

medios disimular.

—Lo que sea, Stewart, habrá de ser de cualquier modo — terminó diciendo.

—¿Fatalismo?

—Resignación. Y confianza en mí mismo —sonrió con alguna frialdad el hombre que había vuelto a Nueva Orleans—. Habló usted de unas preguntas, y aún no me hizo ninguna, Stewart.

—Gracias por recordármelo, Tuxedo —Wade paseó por la estancia y, sin volverse a Johnny, a quién daba la espalda en ese momento, le espetó la pregunta—: ¿Rossie es su hija?

El silencio fue largo, profundo. Perplejo, Johnny no sabía qué responder. Arrugó el ceño, sombría su expresión. Luego, habló con voz grave:

—¿Cómo se le ha ocurrido semejante cosa? Rossie «Little Flower» es hija de Lena Savoy.

—Ya lo sé. Ni siquiera lleva su apellido, Johnny. Pero usted tuvo alguna relación con Lena en el pasado. Justamente cuando Rossie aún no podía haber nacido, pero acaso solo faltaba un año o menos para ello. Me he limitado a sumar dos y dos, asociándolo a su charla con Lena, y a su modo de actuar cuando Rossie fue herida.

—Usted se cree muy listo, Wade.

—No demasiado —sonrió Stewart—. Y usted sería muy tonto si lo negara. Rossie es hija de Johnny Tuxedo, ¿verdad?

Otro silencio, otra pausa. Finalmente, Johnny respondió:

—Sí. Es mi hija, Stewart. Rossie es mi hija. ¡Y no estoy dispuesto a que sea novia de un polizón federal!

Wade enarcó las cejas. No comentó nada. Incluyó la cabeza, emitiendo un suspiro.

—¿Va a decirle que es su padre? —indagó.

—¿A usted qué le importa?

—¿Va a decírselo o no?

—¡No! Pero sigue sin importarle. Y le prohíbo que se acerque a ella de nuevo.

—No sé hasta qué punto tiene usted autoridad ahora para venir con eso, Tuxedo —sentenció Wade, pensativo—. De cualquier modo, no va a poderme prohibir que me acerque a Rossie durante algún tiempo. Al menos, mientras su vida pueda peligrar...

—Usted oyó a Charlie Memphis. El disparo iba dirigido a él.

—Eso es lo que él imagina. Pero no tenemos la menor seguridad de que sea así. Lo único cierto, lo positivo, es que Rossie sufrió la herida de bala y que ella era el blanco más fácil para cualquier tirador, en esos momentos. Debemos aceptar que fue ella la

presunta víctima del asesino, en tanto no se pruebe lo contrario. ¿Puede usted probar que su hija esté fuera de todo peligro, después de lo ocurrido en el «Twenties»?

—No... Pero ¿por qué ha de ser usted, precisamente, el policía que deba protegerla?

—En primer lugar, porque ella confiará en mí más que en ninguna otra persona, Johnny. Y en segundo lugar, porque estoy seguro de protegerla mejor de lo que nadie sería capaz de hacerlo.

—¿Está realmente enamorado de ella... o trata de pasar su tiempo, Stewart?

Wade Stewart tardó breve tiempo en responder. Y cuando lo hizo, su tono fue seco, cortante, incisivo. Sus palabras, también secas, concretas:

—Tuxedo, por ahora, confórmese con saber algo: estoy tratando de ayudarla. Y de impedir que su vida peligre. Eso es todo... para usted.

Johnny Tuxedo no dijo nada. Incluyó la cabeza. Parecía aceptar como buena la cruda exposición del federal respecto a su punto de vista en aquel asunto. Era como si Johnny Tuxedo, pese a su condición de auténtico padre de Rossie, comprendiera que no era él la persona más indicada para ahondar en los sentimientos de Wade. Ni siquiera siendo él, como era, el hijo del hombre que más daño le había hecho en el mundo...

* * *

—Gradas, Wade. ¿Va a ocuparse realmente de ello?

—¿Quién mejor que yo, Lena?

La ciega asintió despacio. Su cabeza de ébano, sobre la rigidez Inevitable de su cuello de mujer invidente, se inclinó, en tanto los oscuros vidrios de sus gafas reflejaban las luces del club, con sus cambiantes de los focos dirigidos hacia la plataforma donde la orquestina interpretaba una pieza de «jazz» clásico.

—Sí, por supuesto —aceptó ella—. ¿Quién mejor que usted? Había llegado a olvidar que es un policía... de tanto pensar en que solo es un hombre, un buen muchacho enamorado de Rossie.

—Es muy amable conmigo, Lena —suspiró Stewart.

—No es solo eso. Tengo cierto sentido para las cosas. Creo conocer a las personas mejor que aquellos que pueden verlas y estudiar sus gestos y expresiones. Incluso pienso que soy mejor psicóloga ahora que cuando disfrutaba de mi visión, Wade. No podría engañarme. Me preocupa Rossie. Y solo me siento tranquila

cuando está a su lado, Wade. Lo repito: es un buen chico, al margen de su oficio de policía.

—En esta ocasión, Lena, creo que tendré que ser antes policía que persona normal. Aprecio mucho a Rossie. No quiero que sufra ningún mal. Posiblemente, como dijo Memphis, sea él la víctima elegida por el agresor, pero no tenemos ninguna seguridad sobre la cuestión, y vale más no confiarse.

—¿Sigue Rossie en la clínica?

—Sí. La herida fue leve. Pero el doctor prefiere tenerla sometida a observación. Así, de ese modo, también nosotros podemos vigilarla mejor, e impedir que nadie se aproxime a ella. He llamado al fiscal del distrito, para que autorice a Charlie a revelarnos de forma especial cuanto tenga que decir ante los jurados sobre la muerte de Tatum Jackson. Espero que eso nos aclare algo y podamos estar más seguros del origen y motivos del ataque criminal en este club. Mientras ello no sea así, Rossie será cuidadosamente guardada por agentes de la Oficina Federal.

—Pero eso no puede durar siempre, Wade... Hay que sacarla de allí, tiene que volver a trabajar, presentarse en público... Y temo por ella. Siempre he temido por ella. Especialmente... especialmente desde que yo perdí la vista, Wade.

—Sí, la entiendo. Nunca habló mucho sobre eso, Lena. ¿No va a hacerlo ahora?

—¿Por qué motivo? No tiene nada que ver con lo que sucede ahora.

—Es lo que usted supone. Nunca se sabe en qué forma se relacionan las cosas entre sí. Ahí tiene ahora a Johnny Tuxedo. A muchos años de distancia de cosas que pasaron... Y ha vuelto. Se relaciona otra vez con la violencia. Nada más llegar él... sucede esto.

—Tampoco creo que Johnny tenga relación con lo sucedido. Él no haría correr ningún peligro a Rossie. Aun antes de estar seguro de nada, presentía que ella era su hija.

—Lena, ya que hablamos de Johnny, ¿qué puede decirme de él?

—¿Puedo decirle algo que usted no sepa, Wade? El destino ha querido que precisamente usted, el hijo de Glenn Stewart, sea quien haya hecho amistad con su hija Rossie. Eso, para él, ha debido ser un golpe bastante duro.

—Lo ha sido, sí —convino Wade—. Es humano que eso suceda. Como usted misma ha dicho, hay en este asunto muchas casualidades fantásticas. Pero piense que no todo puede ser casual. Johnny Tuxedo ha vuelto por algo que está muy lejos de ser pura

casualidad. Johnny Tuxedo ha vuelto porque hay todavía en juego un buen botín: un millón de dólares...

—Un millón... —Lena suspiró. Sus ojos sin vista, tras los oscuros cristales de las gafas, parecían buscar a Wade, estudiar sus pensamientos a través de unos gestos que ella jamás podría advertir ya, desde aquella faz deformada por el vitriolo criminal. Luego, tras la pausa meditativa, la mujer de color manifestó con voz lenta, apagada—: Nunca he creído realmente en la historia fantástica de ese tesoro escondido.

—¿Ha dejado de ser niña y de creer en la belleza de los imposibles? —sonrió Wade, irónico.

—Tal vez sí. Es mala cosa dejar de ser niña y de ser crédula. Pero la vida no está hecha precisamente de fábulas ni leyendas. No se puede creer en cuentos de hadas, Wade. O una despierta de repente en medio de un tremendo desengaño...

—Ese millón de dólares, Lena, no es ningún tesoro de literatura infantil. No creo que tenga nada de ingenuo el producto de un delito, posiblemente de varios delitos. Es un producto maldito, un dinero oscuro y ruin. Lo obtuvieron con narcóticos. Narcóticos, Lena. La más vil de las mercancías: la putrefacción y degradación humana, como medio de negocio lucrativo. Lo que pienso sobre los traficantes de estupefacientes, no es nada caritativo ni humanitario, créame. Ese dinero debe ser rescatado para hacer con él algo limpio, que redima esa fortuna de su repugnante origen. Un millón para obras benéficas, para hospitales, para luchar contra las drogas en el mundo. Algo así podría dignificar la fortuna oculta que busca Johnny Tuxedo.

—¿Y si esa fortuna no existe ya?

—Existe. Estoy seguro de ello.

—¿Dónde?

Wade se encogió de hombros.

—Si supiera responder a eso, Lena, sabría contestar también a muchas preguntas que, por ahora, solo son incógnitas sin despejar. Lo que quería decirle es que Johnny Tuxedo fue un gran traficante de drogas, y que ese millón solo él parece saber dónde y cómo buscarlo. Es el único residuo de su pasado esplendor. Pero sabe que le vigilaremos de cerca, y no dará un paso en falso. Entre tanto, un hombre que parece saber algo relacionado con las drogas, Charlie Memphis, y que va a ser testigo ante los tribunales, es atacado por un asesino oculto. Eso parece tener alguna vaga relación, ¿no cree?

—Es posible. Usted es policía y es su trabajo deducir cosas así. ¿Por qué me habla de todo ello ahora, Wade?

—Porque Rossie, su hija, puede estar en peligro por culpa de todo ello. Y porque ambos tenemos motivos para preocuparnos por su seguridad. También, Lena, porque usted es de esas personas que siempre callan, que nunca parecen saber nada, pero que en el fondo, sabe muchas cosas que podrían ayudar a la Policía, permitirnos ver más claro en todo esto.

—¿Yo, Wade? Usted sabe que no entiendo nada de cuanto sucede. ¿Qué podría hacer por ayudarles?

—Una vez supo algo. Algo importante para alguien, Lena. Y un frasco de ácido terminó con sus ojos y con parte de su belleza. Entonces no quiso hablar. Me gustaría que eso le sirviese de escarmiento. Y que no cometiera por dos veces el mismo error.

—¿Error? —hubo un gesto amargo y despectivo en el rostro de bronce oscuro de la negra—. No, Wade. No es posible cometer otra vez un error así. Solo se tienen dos ojos. Ya no poseo más para volver a quedarme ciega... ¿Qué puede importarme ya cuanto me pueda hacer nadie?

—Está aún su vida, Lena.

—Mi vida... No me preocupa mucho, Wade. No me importaría gran cosa morir súbitamente.

—Aun así, Lena... piense en Rossie. En su vida, en sus propios ojos... Trate de impedir que alguna vez, esa clase de gentes como los que la dejaron a usted sin ver, puedan intentar algo parecido en ella...

—Dios mío... —Lena se estremeció, vibrando con horror su oscura piel—. No, eso jamás. Jamás, Wade...

—Acaso esté en sus manos evitarlo.

—¿Cómo?

—Diciendo cuanto sabe. Diciendo, incluso, quién arrojó vitriolo a sus ojos y por qué...

—No, eso no resolvería nada.

—¿Por qué? —remachó Wade, inclinándose hacia ella, presintiendo, de súbito, que Lena estaba más cerca que nunca de la revelación, de la oscura y terrible verdad que una vez había empujado a un asesino a destruirla con vitriolo.

—Porque el hombre que dispuso que mis ojos fueran cegados para no acusarle ante un Jurado... «Está ya muerto».

Wade se echó atrás, sorprendido.

—¿Quién? —susurró el federal—. ¿Quién era él?

Lena frunció sus gruesos labios. Apenas en un murmullo, brotó el nombre de su boca:

—Tatum Jackson, el clarinetista negro... Él fue quien lo hizo,

Wade. Él me destruyó, para que yo no pudiera destrozarle a él, como testigo de un crimen.

—¿Qué crimen, Lena?

—El de «Dusty» Carter.

—¿«Dusty» Carter? —la sorpresa de Wade Stewart iba en aumento a medida que Lena desgranaba sus revelaciones—. ¿El pianista loco?

—Sí. El mejor pianista de «jazz» de su época... Pero no solo era eso. «Dusty» Carter era un adicto a las drogas. Y un hombre mezclado en el tráfico de opio y los fumadores de Nueva Orleans. Un día, rompió con todo eso. Se quiso poner en tratamiento para dejar de ser adicto. También rompió con la organización. Se temía que hablara, que levantara el telón del misterio sobre muchos sucesos horribles del hampa de los narcóticos... Y murió. Fue asesinado, Wade. Ante mis propios ojos, casualmente. Le vi caer, acribillado por las balas silenciosas que disparaba Tatum Jackson... Grité, horrorizada, escapé, antes de que yo misma fuese atacada por el criminal... Al principio no hablé, no revelé nada... Luego recibí advertencias, amenazas veladas. Me sentí sublevada finalmente. Me puse en contacto con la Fiscalía. Dije que podía señalar al criminal, revelar cuánto había visto... No sé cómo lo supieron ellos. Pero Tatum ordenó el atentado con vitriolo. Me hizo destruir como testigo... Fría, despiadadamente. La muerte de «Dusty» Carter, el pianista loco, siguió siendo un misterio sin solución aparente...

—Y ahora habla usted... —suspiró Wade—. Ahora, cuando Tatum Jackson ha muerto...

—Sí, ahora ya nada importa lo que yo diga —musitó Lena—. ¿A quién puedo hacer ya daño, hablando o callando?

—Estaba pensando en Memphis —murmuró Wade Stewart, sombrío. Miró al clarinetista, erguido bajo el foco rojo del club, Interpretando una pieza de Bechet—. Charlie Memphis... Él dijo algo. Dijo que va a ser testigo sobre la muerte de Tatum Jackson. Me pregunto...

—¿Qué?

—Me pregunto si la persona que mató a Tatum Jackson, si realmente esa muerte ha sido un crimen y no un accidente o un suicidio... no logrará también esta vez que el testigo enmudezca...

IV

L

A ducha era como una cascada sobre el cuerpo encogido tras los vidrios esmerilados del cubículo. Cuando cesó el tamborileo del agua, emergió Charlie Memphis, envuelto en una gran toalla amarilla, con la que enjugaba el agua que, sobre su piel, había eliminado el cálido y pegajoso contacto del sudor en su epidermis.

—Siéntese, Wade —señaló una silla, mientras sacudía su cabello oscuro, como un perro haría con sus lanas al salir del agua—. Y tome cigarrillos. Fume y acomódese igual que si estuviera en su casa.

—Gracias, Charlie.

—Esto no es ciertamente un hogar —rio el clarinetista, pasando la toalla amarilla por su cuerpo aceitunado, pálido, pero con una palidez entre olivácea y cérea. Su figura era enjuta, musculosa, sorprendentemente armónica, pese a la apariencia flaca de su figura sobre el tablado de actuación. Acaso algo de la armonía atlética de los negros con quienes siempre actuaba, había terminado por contagiarle algo de su arrogancia musculosa y viril. Paseó por el pequeño, cálido camerino, hasta acomodarse ante su tocador bien iluminado por el cerco de bombillas esmaltadas en mate. Hizo un gesto expresivo al añadir—: El camerino de un artista es siempre parte de su hogar en cualquier lugar del mundo donde se halle. Pero eso no pueden entenderlo quiénes son ajenos a la profesión, Stewart.

—De cualquier modo, lo entiendo —sonrió Wade, aceptando la doble invitación de Memphis, y tomando un cigarrillo con boquilla rosada, de una caja de madera tallada, que aparecía en medio de la mesa de Charlie. Una bonita caja, trabajada sin duda por algún artífice del Caribe, con figuras talladas, con desnudos femeninos de rotundas formas en relieve. Casi todos ellos, desnudos negroides, sensuales y a la vez singularmente artísticos en su estructura—. ¿Sabe por qué estoy aquí, Charlie?

—Lo supongo —suspiró él, mirándole pensativo—. Mi testimonio...

—Sí, eso es.

—Lo siento, Stewart. No puedo decirle nada. No es ético. Juré en la Fiscalía que hasta el día de comparecer, no repetiría absolutamente a nadie lo que yo...

—Eso ha cambiado ahora —parsimonioso, Wade extrajo algo de su bolsillo. Se lo tendió a Charlie—. Lea, por favor.

Memphis pestañeó, al ver en el ángulo superior Izquierdo del largo sobre cerrado el membrete personal del fiscal del distrito de Nueva Orleans. Rasgó el sobre. Extrajo el papel. Leyó sus líneas manuscritas, el sello, la firma.

—Ya veo —murmuró—. Autorización especial, por una sola ocasión.

—Eso es. Solo a mí puede revelarme lo que dirá al Jurado. Y quedará entre ambos. Es algo excepcional, usted lo ve.

—¿Tan importante es usted para el fiscal? —se asombró Charlie.

—Yo no. El F.B.I.

—¿Cree que lo que yo le diga puede serle útil en algo?

—Deje que yo resuelva eso.

—Está bien —suspiró el músico. Terminó de frotarse con la toalla, aunque en realidad estaba ya totalmente seco. Peinó sus cabellos lentamente, frente al espejo. Eran lisos, oscuros, grasientos. Como hubieran podido serlo los de un negro bien engomado. Solo que Charlie no ofrecía la menor muestra de rizos rebeldes. Su cabello era así naturalmente. Cubrióse con un batín de seda oscura, que anudó despacio a la cintura. Respiró hondo, terminando por hacer una pregunta—: ¿Teme que no viva lo suficiente para llegar al día de la declaración ante el Tribunal, Stewart?

—Podría muy bien suceder algo así —concedió el federal—. Ha ocurrido otras veces.

—Sí, lo sé. Lena es un ejemplo bien cercano, ¿no es así?

—Usted lo ha dicho. Todo depende de lo que sepa acerca de Tatum Jackson.

Charlie Memphis le contempló fijamente, a través del espejo. Parecía preocupado. Mucho más, incluso, que la noche del atentado en el «Twenties».

—Yo sé lo que le pasó a Tatum Jackson, Stewart —declaró sombrío.

—Bien. Dígamelo.

—Fue un asesinato. Lo mataron.

—Lo suponía. ¿Cómo lo sabe usted, Charlie?

—Le vi entrar en-el mar, alejándose del estuario de Nueva

Orleans por el río, a bordo de su lancha habitual. ¿Oyó hablar alguna vez de la lancha de Tatum? Era la «Ma».

—¿«Ma»? —enarcó las cejas Wade—. Es un corto y extraño nombre...

—Significa realmente lo que es: «Madre». «Ma», sin embargo, significa en este caso algo más. Mucho más, diría yo.

—¿Qué, concretamente?

—«Ma» Rayney. Una gran figura del «jazz». Usted debería conocer a fondo el «jazz» para tratar de entender algo de todo esto, Wade. Créame, amigo mío. Todos somos gente extraña. Gente que amamos casi con fanatismo todo lo relativo a nuestra profesión. Por eso, un hombre como Tatum Jackson solo podía pensar en alguien como «Ma». Ella fue virtualmente la madre de los «blues». Una de las grandes del «jazz»⁷. Como un tributo a ella, bautizó su lancha a motor con ese extraño nombre. Pues bien, yo le vi salir aquel día con la embarcación. Y Jamás regresó...

—Sabía eso. Tatum, además de un gran clarinetista, Charlie, era una pieza clave en el mundo de las drogas. De no haber muerto, el F.B.I. hubiera caído sobre él implacablemente. Y aunque Lena jamás le hubiese acusado del asesinato de «Dusty» Carter, le hubiéramos podido encerrar para toda la vida, por tráfico de estupefacientes. De modo que estábamos muy interesados en sus andanzas y en su desaparición en el estuario del Mississippi. Solo que siempre se pensó en un accidente... o un suicidio.

Charlie meneó negativamente la cabeza.

—No fue nada de eso, Stewart. Fue un crimen.

—¿Cómo lo sabe, Charlie?

—Yo había estado hablando con Tatum poco antes. Era su discípulo predilecto. Y en el momento de ocurrir el drama, un perfecto desconocido en el mundillo del «jazz» de Nueva Orleans. También... —inclinó la cabeza, evasivo, como avergonzado de algo que, acto seguido, reveló con encomiable decisión y valor, irguiendo su rostro hacia Wade Stewart—. También era adicto a las drogas entonces, Stewart. Lo confieso. Solo que eso lo dejé atrás. Supe sobreponerme al vicio y rompí totalmente con él y con sus traficantes. Pero entonces aún no había llegado ese momento. Hablé con Tatum. Me confesó que tenía pánico. Estaba aterrorizado. Y se veía claramente en sus ojos desorbitados, en su aspecto todo, febril y medroso. Quería huir. Huir a cualquier parte. No sabía qué hacer. Temía ser... ser asesinado.

—Asesinado ¿por quién? Era un importante cabecilla en el mundo del hampa, Charlie. Y había asesinado por sí mismo a un

hombre como «Dusty» Carter... ¿Quién podía tener la suficiente fuerza para, a su vez, matar a Tatum?

—Alguien importante en el hampa de Louisiana. Y de todo el país, tal vez.

—¿Alguien como «King» Kirkaid? —sugirió vivamente Wade.

—Es posible —Charlie se encogió de hombros, pensativo—. Eso, jamás me lo dijo Tatum. No citó nombres.

—Es como una fidelidad al código del hampa... —suspiró Stewart—. Ocurre siempre así. Siga, Charlie. ¿Qué más le dijo Tatum entonces?

—Que iba con su lancha a algún lugar, fuera de Nueva Orleans, acaso alguna isla en el Golfo de Médico, o en un punto oculto, de los Cayos de Mississippi. Se iba a esconder, para huir al peligro. Era obvio que no fingía. Aun así, cuando fue hallada su lancha en alta mar, con orificios de bala en su casco, y huellas de sangre a bordo, seguí pensando en una argucia de Tatum para eludir la muerte, y supuse que se hallaría escondido en el lugar elegido por él para ese objeto.

—Hasta que apareció el cadáver...

—Sí. Hasta que apareció su cuerpo, semanas más tarde. Era el de él: un hombre negro, con la edad de Tatum, el aspecto de Tatum, las ropas de Tatum, su tatuaje en el hombro izquierdo... Cuando el cuerpo apareció, cosido a balazos, cerca del delta del río, supe que, a fin de cuentas, Tatum tuvo razón. Y supe que su misterioso asesino le había alcanzado.

—Un asesino que todavía no sospecha usted siquiera quién pueda ser...

—Exacto —miró fijamente Memphis al federal—. No sospecho en absoluto de nadie. ¿No me cree?

—Estoy obligado a creerle, Charlie —sonrió fríamente Wade Stewart—. Aunque siempre me quede la duda de si lo que está diciendo es «toda» la verdad... o solo una parte de ella.

—También resulta eso razonable. En su lugar, a mí me sucedería lo mismo. Pero de cualquier modo, Stewart, sepa que eso es cuanto revelaré ante el Jurado y el juez. No puedo decir más, porque nada más sé. Siempre se pueden tener ideas, sospechas, cosas así. Pero en un juicio, la opinión particular de un testigo no tiene el menor valor legal. No se puede condenar a nadie solo por sospechas o por indicios sin base. Ahora bien, Stewart: sepa que, en definitiva, Tatum pudo ser un asesino él mismo, pero terminó asesinado a su vez. Es posible que nunca se aclare totalmente el caso. Y es posible, también, que no tenga relación alguna con lo que usted está

investigando. No hay una sola organización que trafique en drogas, dentro de Nueva Orleans. Existen muchos grupos especializados en ese negocio, usted lo sabe.

—Sí —suspiró Wade, poniéndose en pie—. Yo lo sé, Charlie. Pero también creo saber algo: que todas esas personas, agrupaciones o sectas, pueden formar un todo completo, una especie de total red organizada, que viene a verter beneficios y resultados en un núcleo o jefatura central que rige todo el sistema.

—No suena demasiado absurdo. Pero entonces, ni siquiera el F.B.I. tendrá la fuerza suficiente para desarticular un organismo así. Sería fuerte, muy fuerte, Stewart. Si todos los traficantes de drogas están afiliados de un modo u otro a una organización común o una súper comunidad, su capacidad de lucha será extraordinaria.

—Lo sé —Wade llegó a la puerta del camerino del clarinetista. Se detuvo un instante, con la mano en el pomo de la puerta. Lo justo para girar la cabeza y concluir—: Pero, como usted dijo antes, una sospecha no significa nada, si no se confirma con pruebas tangibles, Charlie. Y eso es lo que me ocurre a mí. Tengo sospechas, solo sospechas... y eso todavía no conduce a nada práctico.

Sonrió, inclinando la cabeza. Abandonó el camerino. Lentamente, Charlie Memphis comenzó a soltar su batín, para empezar a vestirse. Había preocupación en su rostro. Pero no demasiada.

* * *

—¿Te encuentras mejor ahora?

—Sí, Wade. Gracias por todo... —ella suspiró, reclinando la cabeza en la almohada—. Creo que fue como una pesadilla. Por un momento, pensé que era la muerte misma la que llegaba hasta mí...

—Todos lo pensamos al verte caer —Wade Stewart paseó, pensativo, por la habitación del hospital, donde Rossie continuaba alojada, cuidadosamente vigilada día y noche por dos agentes de Policía—. Fue terrible por unos momentos, Rossie...

—Pero realmente no tengo nada. Me encuentro bien. ¿Por qué continúo aquí?

—Es mejor, por el momento. Sufriste un fuerte «shock», posteriormente, al darte cuenta exacta del peligro corrido, de la proximidad de aquella bala que no sabemos aún en busca de quién iba, o quién la disparó. Pero que tuvo la fatalidad de tocarte a ti, y que pudo haber causado más graves consecuencias.

—¿Crees que alguien pueda tener intención de hacerme daño,

Wade? ¿Por qué habrían de hacerlo? No me meto con nadie, no tengo nada que ver con cosa alguna que pueda implicar peligro o violencia y...

—Sabemos todo eso, Rossie —se detuvo ante ella, junto al lecho, y le dirigió una alentadora sonrisa de ánimo—. Pero también estamos obligados a pensar en que exista una persona lo bastante perversa como para desearte un mal. Hay a veces locos peligrosos, fanáticos o maníacos. Todo eso debe preverse, aunque no signifique que aceptemos tal versión. Es, simplemente, un modo de prevenirse.

—¿Y voy a continuar mucho tiempo aquí? No tiene objeto, Wade...

—Escucha, Rossie —se sentó en el borde del lecho y contempló a la joven con dulzura—. Estamos tratando de saber quién disparó, y por qué. También nos gustaría saber a quién trataron de herir, de asustar... o de asesinar. Según Charlie Memphis, fue a él a quién atacaron. Parece haber motivos plausibles para aceptarlo así. Pero tampoco hay seguridad en ello. Es un endemoniado caso el —que tenemos entre manos, créeme. Puede ser un incidente suelto, sin importancia alguna, salvo el peligro que tú corriste... o estar relacionado con los narcóticos.

—¿Narcóticos? —pestañeó vivamente ella, contemplándole con expresión de enorme estupor.

—Sí —Wade no separó sus ojos de la joven—. Tú sabes la clase de gente que frecuenta el local. Kirkaid mismo, está metido en ese negocio, aunque jamás pudimos probarlo. Y toda esa cohorte de gentes que, en apariencia, solo aman el «jazz» y se embelesan con él... Son adictos en su mayoría. Y el «Twenties», como otros locales de su estilo, es, en realidad, una especie de mercado de drogas, donde se compra, se vende, se distribuye... aunque, eso sí, todo muy callada, muy secretamente. Hace falta que un día salte la epidermis que cubre todo eso, por algún sitio, y se pondrá entonces al descubierto la maraña real que encubren los amantes del «jazz» al viejo estilo New Orleans.

—Eres cruel —suspiró Rossie—. No creo que todo el mundo que ama el «jazz», encubra forzosamente cosas así...

—Claro que no —Wade sonrió, sin dejar de mirarla—. Ahí estás, «Pequeña Flor». Amas el «jazz», vives intensamente su espíritu... y pasas por cualquier pantano sin que nada te manche. Eres admirable, Rossie.

—Wade, es halagador para una chica que un hombre como tú la defina así —ella extendió su mano y apoyó los dedos en el dorso de

la mano de Wade Stewart. El roce se hizo intenso. Luego elevó la mano y tocó los labios del joven. Wade los besó con un roce de su boca, de pasada—. ¿Vas a cuidarte acaso de mi vigilancia tú mismo?

Enarcó Stewart las cejas, con sorpresa. Se echó atrás y soltó una breve risa.

—Supongamos que no adelantaría nada con engañarte —confesó, risueño. Inclino la cabeza, afirmativo—. Sí, pequeña. Yo mismo me cuidaré de esa cuestión. Es lo mejor, ¿no te parece? Al menos, mientras llegamos al fondo de todo esto y sabemos a qué atenernos...

—Sí —afirmó ella suavemente—. Es lo mejor, Wade... Gracias otra vez. Gracias por todo...

—No digas tonterías —se inclinó y acarició su mejilla con ternura—. Nunca me des las gracias por nada, Rossie. Cuanto pueda hacer por ti, será mi mayor satisfacción. Y me hará muy feliz, créeme...

Ella afirmó lentamente, con suaves movimientos de cabeza.

—Te creo, Wade.

E inesperadamente—, se irguió con viveza y estampó un beso cálido en los labios del federal.

* * *

El hospital quedaba atrás. Wade Stewart condujo su coche con destreza, por el tráfico de la ciudad, hacia sus barrios típicos, hacia las tradicionales calles tortuosas y pintorescas de Storyville. Por entre casas de estilo español o francés, por entre escaparates de recuerdos turísticos de Louisiana, bajo forjas de hierro de donde colgaban vetustos tablones de anuncios, muchos de ellos como piezas de puro museo, simples reliquias del Nuevo Orleáns que ya no existía. El del viejo y profano «mardi gras» y las fiestas bulliciosas en los patios latinos. El New Orleans de los inicios del «jazz» en su más pura expresión...

Wade suspiró, sacudiendo la cabeza. El «jazz». Siempre el «jazz». Ahí parecían terminar todas las rutas. Como si el «jazz» fuese la unidad común a tanta cosa dispar y deshilvanada como tenía ante sí.

Era casi obsesivo ya. «Jazz», «jazz», «jazz» siempre...

Y debajo de todo eso, ¿qué más?

Drogas, negocios sucios, violencias, sangre, acaso muerte...

Un hombre, un pianista genial de la música negra, había muerto un día, cosido a balazos. Tatum fue el culpable. El gran clarinetista

Tatum Jackson, que a su vez sería muerto años después, por otra persona que nadie sabía quién era. Y en medio de eso, una mujer, Lena Savoy, cegada por el vitriolo de Tatum. Y un hombre, Johnny Tuxedo, en prisión durante años, y vuelto de pronto a la vida, a la libertad, para buscar un millón de dólares perdido en algún recodo de la ciudad del Mississippi...

Y con todo eso, un disparo. Un disparo criminal, hecho por una mano incógnita aún. Un disparo dirigido a... ¿a quién? ¿A la dulce e ingenua Rossie, la hija de Lena y de Tuxedo? ¿A Charlie Memphis, testigo del fin de Tatum Jackson y, acaso, testigo de algo más que no se atrevía a revelar?

Era enloquecedor. Aquello no parecía tener mucho sentido. En realidad, no tenía aún ninguno. Pero había que continuar. Como ahora. Como ahora, cuando detuvo finalmente su coche ante la fachada pintoresca del «Twenties Club». Otra vez allí. Una y mil veces, al mismo lugar siempre. Estaba seguro que allí, o no muy lejos de allí, estaba la verdad. Qué verdad pudiera ser esa, lo ignoraba. Pero se sentía dispuesto a encontrarla, a dar con ella, por mucho que se ocultase. Y por muy fea y repulsiva que esa verdad pudiera ser.

Salió del coche. Cerró de golpe la portezuela. Disimuladamente observó con el rabillo del ojo la presencia del automóvil gris, allá en la otra manzana.

Y al hombre de mediana edad y vulgar aspecto, comprando unas revistas ilustradas y cigarrillos, en el puesto cercano. Era un federal, un compañero. El «Twenties» continuaba vigilado minuciosamente. No es que pudiera engañar a King Kirkaid. El ex «gangster» debía estar bien seguro de que su local era estrechamente controlado por los hombres del F.B.I. Pero al F.B.I. eso le tenía sin cuidado. Lo importante era seguir manteniendo la vigilancia día y noche.

Y ver qué resultado daba en alguna ocasión, por mucho que fuera preciso esperar para ello.

Caminó por la acera, sin prisas, hacia el club de música negroide. A estas horas, el local estaría, sin duda, desierto, en plena limpieza, esperando al lleno habitual de las noches, con su humo, su densa atmósfera de las «jam-sessions», sus notas sensuales y calientes, los gritos agudos o las vibraciones roncadas de las voces doloridas de una raza que sabía cantar sus sufrimientos y las injusticias de un mundo que les había sido particularmente hostil y áspero.

De repente, la voz le llegó suave, cercana:

—Eh, usted...

Giró la cabeza, intrigado, sin dejar de andar a largas zancadas. Observó el automóvil blanco que, lentamente, se situaba junto al bordillo, moviéndose casi a su misma velocidad. Un coche bajo, de marca europea, pero no un descapotable, pese a su línea deportiva.

—Sí, usted... Señor Stewart, por favor. ¿No quiere subir un momento?

Wade escudriñó al hombre del volante. Era el único que ocupaba el asiento del vehículo. Un negro entrado en años. De blanco, rizado cabello bajo el sombrero color *beige* con banda de piel. Un hombre de tez color ceniciento, de ojos redondos y astutos, de boca carnosa y risueña, de expresión dura e impenetrable, de ropas costosas y elegantes. Mucho más elegantes que en la mayoría de los hombres de su raza, sin duda alguna. Wade le conocía. No personalmente, pero recordaba haber visto su fotografía en una ocasión. Le habían hablado mucho de aquel hombre. Era una especie de mito viviente, un hombre notable y excepcional en el mundo de Nueva Orleans.

Era «Papá Turpin».

—Sí —aceptó Wade con sencillez—. Subiré, «Papá Turpin».

Se abrió la portezuela. El federal se acomodó junto al negro. Cerró la portezuela y el coche arrancó suavemente, separándose del bordillo y alejándose del «Twenties Club».

—¿A dónde vamos? —quiso saber el hombre del F.B.I.

—No se preocupe —suspiró el hombre de tez oscura—. Vamos a cualquier parte, y volvemos. Es solo un breve paseo, mientras hablo con usted, señor Stewart.

—¿De qué va a hablar conmigo? No nos conocemos usted y yo, «Papá Turpin».

—Pero tenía curiosidad por conocerle.

—¿De veras?

—Sí. Aprecio a Rossie y a Lena. Usted las aprecia también. Me interesaba hablarle.

—¿Solo por eso? —se sorprendió Wade.

—Por eso, y porque quiero hablarle de algo.

—¿De qué?

—De un asesinato.

Hubo una pausa. Habían rebasado ya el coche del federal vigilante en la calle. Wade observó con el rabillo del ojo que su colega anotaba con disimulo la matrícula del coche blanco, cuando este se alejaba.

—Un asesinato... —repitió pensativo Wade Stewart—. Es un tema interesante.

—Sí, mucho —convino «Papá Turpin» con tono enigmático, sin separar sus ojos de la calle que ahora recorrían, hacia Chalmette Road—. Especialmente el asesinato del que yo quiero hablarle.

—¿De cuál se trata? Hace poco me hablaron del de «Dusty» Carter. Luego, el de Tatum Jackson... ¿Y ahora?

—Ahora le voy a hablar efe un asesinato muy peculiar —sonrió el viejo negro—. Un asesinato que aún no se ha cometido, Stewart...

«PAPA Turpin» era un elemento curioso. Un hombre singular.

Nadie sabía a qué podía dedicarse. Nadie podía afirmar de dónde le venía su fortuna personal, sus abundantes medios económicos. Se pensaba que era un hombre de familia muy rica. Otros aseguraban que el origen de ese dinero no era limpio. Incluso se había llegado a insinuar que él debía ser una especie de ocultar del delito, el cerebro rector del hampa de Nueva Orleans. Pero todo eso eran simples especulaciones sin base. Ningún policía de la ciudad tuvo jamás nada contra «Papá Turpin». Nadie sabía que hubiese quebrantado en alguna ocasión una ley. Su comportamiento era correcto, altivo, casi orgulloso. Y eso era todo.

Amaba el buen «jazz», la buena vida, los coches lujosos y ostentosos y las ropas caras, confeccionadas a su medida por excelentes sastres. Patrocinaba actividades artísticas, financiaba ediciones de discos de los cantantes o solistas de su raza, y era una especie de mecenas de pintores, bohemios y soñadores de los viejos barrios de Nueva Orleans.

Eso y mucho más era «Papá Turpin». Había quien afirmaba que se conocía la vida y milagros de media ciudad, y los más profundos secretos de la otra media. Acaso exageraban. Pero Wade había pensado muchas veces, al escuchar referencias a ciertas ayudas de «Papá Turpin» a la justicia, que no debía ser mucha la exageración. Aquel hombre parecía estar enterado de cuanto sucedía en el más apartado rincón de la urbe, desde su zona comercial a su distrito aristocrático, pasando por los barrios míseros y los del hampa.

Ahora, «Papá Turpin», esa especie de fabuloso personaje que se había dirigido a él llamándole por su nombre, acababa de hacer su sorprendente revelación:

—Le voy a hablar de un asesinato que aún no se ha cometido...

Wade Stewart le vigiló de soslayo, sin inmutarse, esperando lo que tuviera que aclararle «Papá» después de su insinuación.

Al fin, el propio negro continuó, tras un lento suspiro como de cansancio:

—Hay algo feo en esta ciudad ahora, señor Stewart. Algo feo y oscuro. Algo que puede significar mucha sangre...

—¿Qué? ¿Un millón de dólares acaso?

—¿Un millón? —frunció el ceño «Papá Turpin». Luego, de repente, se echó a reír—. No, no. Usted habla de esa utopía de Johnny Tuxedo. El tesoro de los traficantes de drogas... Un buen melodrama, sin duda. Tal vez exista ese dinero, después de todo. Pero no me refería a eso.

—¿A qué entonces?

—A algo por lo que han muerto ya dos personas al menos.

—Sigo sin comprenderle del todo. ¿Se está refiriendo a Carter y Tatum?

—Sí. En principio, a ellos me refiero. Pero no todo termina con ellos. Alguien más morirá. Es inevitable.

—¿Inevitable?

—Eso dije, sí.

—¿Por qué inevitable? Una cosa que aún no ha sucedido, siempre se puede evitar.

—Hay ocasiones en que ello no es posible.

—¿Motivo?

«Papá Turpin» suspiró, antes de remachar con lentitud:

—Porque nadie, absolutamente nadie, sabe siquiera quién será la próxima víctima. Esa es la razón, señor Stewart. No hay Policía capaz de prever la muerte de alguien, en una ciudad como Nueva Orleans, cuando ni siquiera se sabe dónde está esa persona o quién va a ser.

—Entiendo eso, sí. Pero para estar tan seguro de que alguien ha de morir... es que usted sabe «por qué» ha de morir.

«Papá Turpin» miró a Wade. Luego afirmó enérgico:

—Sí —confesó—. Sé por qué ha de morir.

—¿Y bien...?

Una pausa. Larga pausa, que concluyó en unas pocas palabras del viejo negro. Muy pocas palabras. Pero expresivas:

—«Dusty» Carter ya murió por esa misma razón. Su hermano, ni siquiera tuvo que ser asesinado. Su fortuna fue morir de muerte natural. Eso evitó complicaciones.

—¿Su hermano? No entiendo...

—Todos los hombres populares tienen familia, señor Stewart. Ocurre siempre, pero la fama de uno eclipsa a los demás y hace que eso se llegue a olvidar. En el caso de los Carter, la popularidad es particularmente injusta. «Dusty» fue un buen pianista, aparte sus excentricidades cara al público. Tenía clase y técnica. También alma, aunque no demasiada. Pero su hermano... ese sí era genial, señor Stewart.

—¿Músico también?

—¿Músico? ¿Philip Carter? —«Papá Turpin» se echó a reír jovialmente—. Oh, no, no. Philip era otra clase de genio. Un químico.

—¿Químico?

—Eso es. Un excelente investigador químico. Como su hermano «Dusty», solo tenía un defecto: era negro.

—¿Y eso es un defecto?

«Papá» le miró con fijeza, virando en una vuelta callejera para enfilar una recta urbana. Sonrió.

—Para usted, no. Sé que aprecia mucho a Rossie, aunque lleva sangre negra en sus venas. Eso es meritorio en nuestro mundo actual. Sé que me entiende, como yo le entiendo a usted. Para muchos, el mundo no es aún tan perfecto como todo eso. Hay barreras, separaciones raciales, fronteras humanas, sociales o económicas. Sí, señor Stewart. Es un defecto ser negro. Todavía lo es. Cómo puede serlo un día tener la piel blanca, si la pregonada supremacía de la raza amarilla se hace realidad. Sería como pagar una dolorosa penitencia por los pecados cometidos. Philip Carter era un gran químico, pero tuvo enemigos. El gran sueño de su vida fue hallar drogas capaces de terminar con las diferencias raciales, igualando a todos los seres humanos. Naturalmente, eso era demasiado. Jamás logró nada parecido, ni creo que lo intentase ya en los últimos años de su vida. Pero sí obtuvo productos químicos de alta calidad. Su carrera fue buena, y sé que logró algo notable últimamente. Algo que ni siquiera llegó a patentar, porque la muerte le sorprendió antes, en forma de una repentina afección cerebral. Murió sin llegar a registrar ni hacer público su descubrimiento. Pero yo mismo le oí decir un día, cuando le di una aportación económica para concluir sus investigaciones, que estaba a un paso de su obra maestra, de algo realmente sensacional.

—Eso acostumbraban a decirlo siempre los artistas o los científicos, a su mecenas particular —sonrió Wade, escéptico.

—Es cierto. Pero Carter nunca fue de esos. Muchas veces le ayudé y otras tantas me desanimó, asegurándome que perdía lastimosamente mi dinero tratando de apoyarle. Por eso le creí cuando me dijo eso. Le alenté, y me aseguró que, prácticamente, tenía ya ciertas muestras que iba a enseñarme en breve, para que comprobase por mí mismo lo grandioso de su hallazgo. Eso fue cuanto supe. Philip Carter murió, y «Dusty» confesó no saber nada sobre las investigaciones químicas de su hermano. Yo mismo, en su compañía, busqué en su laboratorio, sin hallar nada positivo. Me

convencí. Luego supe que «Dusty» mentía, que el pianista loco me había engañado miserablemente.

—¿Por qué mintió?

—Creo que por miedo a que yo le exigiera la entrega de la fórmula de su hermano, en pago a mi ayuda monetaria. El pobre diablo se equivocaba conmigo, pero era difícil convencerle de tal cosa. Yo jamás le hubiera pedido nada. En cualquier caso, le hubiese pagado esa fórmula, si era realmente eficaz, a su justo precio. O hubiese financiado su lanzamiento comercial. «Dusty» optó por guardar la fórmula para sí. Y negociarla a su modo.

—¿Negociar? ¿La vendió a alguien?

—Quiso venderla. Yo supe eso por la confidencia de uno de mis múltiples amigos en Nueva Orleans. La ofreció a una organización delictiva, la «Black Agency».

—¿Delictiva?

—Sí. Negros extremistas, intolerantes y violentos. Gente que busca la convivencia, basándose en la violencia y la integración racial sobre fundamentos de belicosidad y venganza. No es ese el camino, ciertamente, ni la mayoría podemos aceptarlo como solución. El terror y la intimidación jamás resolvieron nada en forma duradera y efectiva. A esa especie de agencia negra terrorista le ofreció la fórmula Carter. No sé en qué consiste esa fórmula, ciertamente, pero se puede suponer que no es nada constructivo ni pacifista, sino un revulsivo o un arma. La «Agencia» quería adquirirlo, pero había diferencias en el precio establecido. Veinte millones era demasiado para ellos.

—¿Veinte millones... de dólares? —se asombró Wade.

—Exacto.

—¿Es una cifra fabulosa!

—Fabulosa. Esa es la palabra. Demasiado para cualquiera. Llegaron a una cifra más razonable: diez millones. Era como adquirir una nueva bomba atómica. Acaso lo era, no sé. Carter rechazó la contraoferta. Dijo que estudiaría el asunto y haría una nueva proposición. Creo que iba a pedir quince millones, y la «Black Agency» sería capaz de llegar hasta los doce o trece en su réplica. Pero no hubo lugar. Carter fue muerto a tiros.

—Por Tatum Jackson.

—Eso es: por Tatum Jackson. Acaso representaba entonces a la «Agencia», no lo sé. Lo cierto es que se quedó con la fórmula gratuitamente. El precio fue la vida del imbécil de Carter. Luego, no sé lo que Tatum hizo con esa fórmula. Pero, ciertamente, no se la vendió ni regaló a nadie. La guardó para sí.

—¿Por qué?

—Es una incógnita —se encogió de hombros «Papá Turpin»—. Sé que Tatum recibió ofertas y ofertas. Mucha gente quería el valioso secreto de Philip Carter, aun sin saber siquiera su naturaleza ni auténtico valor. La «Black Agency» no era la menos interesada. Tatum rechazó todo eso. Dijo que vendería la fórmula cuando le conviniera. Eso fue un error por Su parte. Tatum siempre fue muy listo y muy ambicioso. Pero se pasó de la raya en esa ocasión. Alguien, no me pregunte quién, resolvió utilizar el mismo económico sistema que el propio Tatum utilizara antes para apropiarse del secreto de los Carter. Y el clarinetista genial, fue asesinado en el mar. Digno final para un tonto que se excedió de listo.

—¿Y la fórmula?

«Papá Turpin» se encogió de hombros. Inclínose sobre el volante. Habló seco:

—«Alguien» la tiene ahora. No sé lo que es, ni lo que vale, ni lo que puede representar en bien o en mal para el mundo. Pero quienquiera que mató a Tatum y se quedó con la fórmula... está ahora en peligro. Peligro de que otro que necesite esa fórmula, le asesine para quedarse con el hallazgo de Philip Carter. ¿Lo entiende, señor Stewart?

—Lo entiendo, sí. Pero ¿por qué me dice todo esto? ¿Qué quiere usted concretamente?

«Papá Turpin» frenó de repente. El coche blanco patinó suavemente, hasta quedarse clavado sobre el asfalto. Sorprendido, Wade observó que estaban de nuevo ante el «Twenties Club». Como si «Papá Turpin» hubiese medido justamente la carrera para terminar allí. Y ahora terminó de palabra. Seca, bruscamente:

—La fórmula, señor Stewart. Quiero la fórmula. No me importa lo que ello sea. Bueno o malo, genial o estúpido. Lo quiero. Es mío ese hallazgo. Lo deseo, ¿entiende? Pagué por ayudar a un químico a encontrarlo. Ahora, lo quiere para mí. Para destruirlo y evitar que siga dañando a los demás. Pagaré lo que sea por ello. Ayúdeme.

Wade apretó los labios. Meneó luego negativamente la cabeza y abrió la portezuela con lentitud.

—Lo siento —declaró—. No puedo ayudarle, «Papá Turpin». Si hallo esa fórmula, sea cual sea, la entregaré al Gobierno. Y que ellos decidan. Es mi deber.

—Está bien. Me gusta su sinceridad. De acuerdo, Stewart. Entregue esa fórmula a su Gobierno, o destrúyala usted mismo. Pero hágalo. Y pronto. Antes de que muera nadie más.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no me gusta que muera la gente estúpida y cruelmente —los ojos profundos y enigmáticos del viejo negro le escudriñaron casi agresivamente—. Porque no quiero más riesgos. Y porque, en el fondo... temo que la próxima persona que muera «sea yo mismo».

—¿Usted? —Wade se quedó a medias en su intención de salir—. ¿Por qué? ¿Acaso es el que tiene la fórmula?

—No —rechazó «Papá Turpin», sonriente—. No la tengo. Pero puedo sospechar dónde está...

—¿Dónde?

—Es una sospecha solamente —se encogió de hombros en forma vaga—. No serviría de nada comentar sobre ella. Le diré algo cuando esté realmente seguro... si es que antes no ha descubierto usted la verdad completa.

—Sería inútil hacerle desistir de eso, y lo sé —Wade pisó ya la acera. Se inclinó, añadiendo antes de cerrar la portezuela del blanco automóvil deportivo—: Pero si esa sospecha suya llega a ser algo más que una simple sospecha... no se olvide de avisarme a mí o a cualquier otro miembro del F.B.I. Piense que la fórmula de Carter lo mismo puede ser la de un arma devastadora, que la de una droga nueva, acaso un estupefaciente criminal y nocivo. Piense en eso. Y en sí mismo. Como usted ha dicho muy bien... vale más evitar que haya otro crimen. Si el motivo de todo esto es la fórmula secreta de Philip Carter, contribuyamos todos a evitar que siga causando daño. Y si usted llega a poseer esa droga o lo que sea, «antes» que yo... será mejor que también me avise, y me haga entrega de ella. Solo para evitar que pueda sucederle lo mismo que a Carter y a Tatum Jackson...

—Lo recordaré —sonrió enigmáticamente «Papá Turpin», inclinándose en cortés salutación—. Y gracias de todos modos, señor Stewart.

—Gracias a usted. Al menos me ha dado algo: un motivo. Un motivo para matar...

Cerró la portezuela. Se alejó hacia el «Twenties Club».

El automóvil blanco de «Papá Turpin» se perdió calle abajo, doblando la más próxima esquina.

Wade Stewart cerró tras de sí la puerta del local nocturno propiedad de King Kirkaid.

«Papá Turpin» no podía saber, mientras se alejaba con su automóvil que, apenas cruzada aquella puerta, cuando Wade Stewart se adentraba por el local en penumbras, hacia las dependencias de Kirkaid y los demás encargados del negocio, una

sombra oculta tras un cortinaje, emergió súbitamente a espaldas del joven federal.

Este intuyó algo con repentino instinto. Pero era tarde. Tarde para evitar lo peor. Y tarde, incluso, para descubrir o identificar a su agresor.

Una mano enguantada sé alzó sobre su cabeza. La culata de una plana, pavonada automática, se estrelló contra la nuca de Wade. Este dejó escapar un sordo quejido de entre sus labios. Luego, derrumbóse a los pies de su atacante.

Pero Wade, antes de perder la noción de las cosas, tampoco podía saber que, en esos momentos, el blanco coche de «Papá Turpin» estaba parado ante un establecimiento. Y que, en la cabina telefónica de este, el viejo y elegante negro de blancos cabellos algodonosos estaba telefoneando a alguien, expresándose en voz baja, susurrante:

—Le espero esta noche. En mi casa, sí. A las once y media en punto. No falte. Es por algo que le interesa profundamente. Sí, es posible que esa visita le reporte un millón de beneficios. Un millón, Tuxedo... Le espero. Sé que no faltará. ¿La dirección? Cualquiera puede dársela. Le basta con preguntar a alguien. ¿Cómo? ¿Por quién debe preguntar? Por «Papá Turpin», naturalmente... Sí, soy yo mismo. Y están olvidadas las viejas rencillas, Johnny Tuxedo. Solo quiero ayudarle. Ayudarle a recuperar su millón. A cambio de poco. De muy poco, Johnny...

Rio entre dientes y colgó. Luego, parsimonioso, con su aire de arrogante altivez, salió de la cabina, cruzó el establecimiento y regresó a su automóvil.

LIBRO SEGUNDO

I

S

E encuentra bien?

Wade tardó algún tiempo en contestar. Cuando lo hizo, se frotaba aún dolorosamente la nuca. Clavó sus ojos en quien le hacía la pregunta. La respuesta fue áspera y hecha con voz bronca, no muy segura todavía:

—No del todo, Kirkaid. Pero creo que no me lograron romper la cabeza, si a eso se refiere.

—La tiene demasiado dura para eso, Stewart.

—¿Lo lamenta, Kirkaid?

—Me es indiferente —se encogió de hombros el «Rey» Kirkaid—. ¿Sospecha acaso que fue alguno de mis hombres quien, siguiendo mis instrucciones, le martilleó la cabeza?

—Sería algo muy lógico, viniendo de personas como usted y sus «gorilas», Kirkaid —replicó agriamente Wade. Sacudió la cabeza, con un rictus de dolor—. Pero no puedo acusarle a usted ni a nadie. No vi a mi agresor claramente. Lo único cierto es que la agresión tuvo ligar en su propio negocio. Dentro de su club.

—Eso no significa nada —parecía irritado Kirkaid—. Absolutamente nada, Stewart, y usted lo sabe. ¿Va a acusarme de intervenir en ello?

—No lo sé aún —estudió Wade fríamente al propietario del local. Luego, sus ojos se fijaron alternativamente en Blackie y en Amanda, en Duke Creole, el director de la orquestina donde actuaba como solista especial Charlie Memphis, y, finalmente, se detuvo en la faz brutal y ruda de Gene Doods, el secretario y hombre de confianza de Kirkaid—. Parecen tácticas de Chicago, ¿no cree usted, Doods?

El gorila sonrió glacialmente. Luego meneó la cabeza en sentido negativo.

—No —rechazó—. En Chicago no se hubieran conformado con

hacerle un chicón, Stewart. Allí los muchachos fueron siempre más... expeditivos.

—Es posible. Lo que me pregunto es el motivo de haberme golpeado—. Wade sacudió la cabeza con gesto pensativo—. Pero no logro dar con él. Si no me asesinaron, como usted sugiere que se hubiera hecho en Chicago... ¿qué adelantaron con golpearme?

—Acaso hubo un error en el hombre —insinuó Kirkaid, tajante.

Enarcó Wade las cejas, contemplando con interés al dueño del «Twenties». Dio unos pasos por el despacho del ex «gangster». Aquel comentario de King parecía haberle sugerido algo.

—Sí, es posible —convino—. Pero ¿a quién? Y sigue habiendo una pregunta básica: ¿por qué? En su local están sucediendo cosas muy extrañas últimamente, Kirkaid.

—Alguien me quiere mal y se esfuerza por desprestigiarme —sonrió lobunamente el pistolero de Chicago y de Nueva Orleans—. Será tarea suya desenmascararlo, ¿no?

—Si se relaciona con las drogas, lo haré gustoso —se encogió de hombros Stewart—. En caso contrario, denuncie los hechos a la Policía de la ciudad. Ellos se ocuparán del asunto.

—Las drogas... —malhumorado, Kirkaid arrugó el ceño—. Siempre vuelve todo a lo mismo: las drogas. Vive usted obsesionado con eso, Stewart, y cree que mi negocio es algo así como el mercado de los traficantes de narcóticos del país. ¿Por qué no nos deja en paz de una vez y admite que está equivocado de arriba abajo?

—Porque no estoy nada seguro de que lo esté —fue la agria réplica del federal.

—¿A qué ha venido ahora, cuando fue golpeado? —quiso saber Doods—. Estamos hartos de interrogatorios y molestias.

—Quería saber algo, muy poca cosa. Pero no por ninguno de ustedes dos.

—¿De quién entonces? —preguntó Blake, con tono áspero.

—De Duke —señaló a Creole, el joven negro del piano.

—¿Se refiere a mí? —hubo sorpresa en el tono del músico de color—. No creo que pueda ayudarle en nada, Stewart. Estoy bastante al margen de los problemas que a usted le preocupan.

—De cualquier modo, hablaremos ambos sobre algunas cosas. Venga conmigo, Duke.

Lo tomó por un brazo y ambos se alejaron. Kirkaid, ceñudo, cambió una mirada de soslayo con Doods y giró casi rabiosamente, dirigiéndose a su mesa de trabajo. Doods, con expresión sombría, contempló las figuras de Wade y de Duke Creole, alejándose por el corredor de las dependencias internas del «Twenties», hacia la sala

de atracciones.

—Si puedo ayudarle en algo, lo haré gustoso —declaraba Duke con sencillez—. Pero no veo en qué forma podría hacerlo. La verdad es que no sé nada de nada, aunque todo este asunto me preocupe. Un loco que dispara contra la orquesta o contra quien actúa, es un peligro constante.

—No esté demasiado seguro de que sea ningún loco, Creole. Imagino que hay alguien que tiene sobrados motivos para disparar sobre Memphis, Lena... o usted.

—¿Yo? —hubo un respingo de sorpresa en el joven pianista de piel oscura. Sus grandes ojos oscuros contemplaron a Wade con perplejidad. Era obvio que la forma de enfocar la cuestión había logrado desconcertarle—. ¿Por qué yo, Stewart?

—Es a lo que quiero llegar. Hasta ahora se ha dado por seguro que alguien quería matar a Memphis por su calidad de testigo en un caso de homicidio, o bien contra la hija de Lena Savoy, por alguna otra oscura causa pasional. Lo cierto es que ni una cosa ni otra están claras. Y se me ha ocurrido, de repente, que alguien quiere MATARLE A USTED. Duke.

—¿Seguro? —se estremeció el joven, con ojos dilatados.

—Casi seguro —afirmó gravemente Wade—. Solo me falta el motivo, la razón. Usted lo ha dicho: parece alejado de todo, no se relaciona con nada de todo esto. ¿Por qué entonces? Solo hay una causa plausible: usted sabe algo «casualmente». Algo que ni siquiera ha advertido, revelado a alguien o concedido la suficiente importancia. Si damos con ello, Duke... es posible que tengamos la razón de ese atentado. Y de muchas otras cosas. Por ejemplo: hoy había ensayo de orquesta. ¿Cierto?

—Cierto.

—A la hora en que yo llegaba al club «Twenties».

—Pues... sí —afirmó, con cierta sorpresa, Duke.

—He observado algo: ambos llevamos un traje de color muy similar.

Duke Creole observó el tono marrón de su terno y lo comparó con el de color brandy de Wade. No solo el color, sino las hechuras, eran muy similares. Inevitablemente, los ojos de Duke fueron directamente al sombrero del federal. Era gris. Como el que daba vueltas en sus nerviosas manos. Wade sonrió al verle tragar saliva.

—Sí... —convino Creole—. El traje y el sombrero... Pero no entiendo.

—Entenderá enseguida. Tenemos estatura similar. Usted tenía que entrar al ensayo. ¿Utiliza habitualmente esa entrada, la misma

que yo seguí, por la puerta lateral del club?

—Sí, siempre. ¿Supone usted que alguien se confundió al golpearle, pensando que era yo quien...?

—Eso es lo que supongo —afirmó vivamente Wade—. Ligando tal cosa al disparo de aquella noche, la conclusión parece obvia: quieren eliminarle o asustarle. Han fallado por dos veces. Pero puede haber una tercera de más fortuna para su enemigo y de peor suerte para usted.

—¿Y qué puedo hacer yo? —gimió Creole, extendiendo ambas manos expresivamente.

—Me temo que muy poco. El peligro viene solapado siempre, surgiendo de la sombra cuando menos se espera. No quiero inquietarle. Solo hacerle ver el riesgo que corre a cada momento... mientras no revele a alguien lo que sabe.

—¿Lo que yo sé? —la perplejidad del joven pianista iba en aumento—. Pero si no sé nada...

—Es lo que supone. Ya le dije que puede estar enterado de algo fundamental, a lo que ni siquiera dio importancia alguna. Revélelo, trate de dar con ello, y posiblemente salve su pellejo de un tercer ataque. Esté seguro de que, si en vez de anticiparme yo a su llegada, es usted quien sufre el golpe en el corredor, a estas horas estaría muerto, rematado de un disparo a bocajarro sobre su cuerpo inerme.

—Dios mío...

—Ahora, trate de pensar. ¿Qué es lo que usted puede saber sobre algo o «alguien»?

—No... no tengo la menor idea, se lo juro.

—Y le creo. Pero ha de hacer un esfuerzo. Cualquier cosa, por Insignificante que ella sea, puede bastar. ¿Conoció acaso a un hombre llamado «Dusty» Carter?

—¿El pianista loco? Cielos, claro que sí. Pero entonces yo era casi un niño, y «Dusty» rivalizaba en popularidad con Fats Walter o con el recuerdo dorado de James J. Johnson⁸.

—¿No tuvo trato directo con él?

—No, jamás. Murió antes de que yo fuese alguien en mi profesión.

—¿Conoció a su hermano Philip?

—¿Hermano de Carter? No. ¿También era músico?

—No, no —rechazó apresuradamente Wade—. Pasemos a otra cosa, Duke. ¿Qué hay con Tatum Jackson? A ese sí le conocería.

—Tatum... Sí, le conocí —afirmó, arrugando el ceño—. Pero poco. Muy poco. Él estaba en otra categoría muy superior. Creo

que, después de Bechet, es lo mejor en su especialidad.

—¿Charlie Memphis no lo es?

—Tiene casi su misma calidad, pero a veces falla en cosas increíblemente simples. Le falta algo. Si puliera esos defectos, sería tan bueno como su maestro Tatum. De cualquier modo, estará poco tiempo en lugares como el «Twenties». Tiene clase para actuar ante los mejores públicos. Especialmente si pule esos defectos. Solo una vez le escuché, interpretando una serie de piezas de Bechet, en una actuación memorable suya, aquí en el club. Pero estaba borracho. Creo que eso le alentó a hacerlo mejor, a superarse a sí mismo. Cerrando los ojos, uno creía estar oyendo las mejores grabaciones de Tatum Jackson. Quizá ahí está el quid de todo: es demasiado frío, demasiado cerebral. El alcohol, esa noche, le hizo ser como debe, poner más alma, más improvisación en muchos pasajes de la partitura, menos mecanismo, en suma.

—Entiendo, sí. Pero no es el aspecto profesional de Charlie o de Tatum el que me interesa ahora. Quería saber si conoció a Tatum, si habló con él de algo, si Tatum pudo revelarle inconscientemente alguna cosa...

—No —negó vivamente Duke Creole—. Yo entonces no llevaba orquestina ni era prácticamente nadie. Me presentaron a Tatum en una fiesta. Y eso fue todo. Más tarde, le vi actuar en el Memorial. Me fascinó su modo de tocar. Era algo asombroso. Claro que Tatum se transfiguraba en escena. Cuando le vi allí, bajo los focos, me parecía ya otro hombre, aun siendo el mismo. Incluso daba la impresión de no ser negro, más que en el modo de sentir y de interpretar nuestra música. Claro que eso no cuenta mucho hoy en día, si el intérprete tiene clase auténtica. Charlie es blanco, y cualquiera podría tomarle por uno de mi raza, solo con escuchar sin ver al intérprete. Por fortuna, el «jazz» es algo universal y único. ¿Sabe lo que ha dicho alguien que jamás «hizo» «jazz»? «Es la más bella música que jamás ha existido». ¿Tiene idea de quién dijo eso, Stewart? Bueno, pues fue Stravinsky. El gran Igor Stravinsky⁹.

—No lo dudo, Duke —afirmó enfáticamente Wade—. Solo que no busco música, sino algo mucho más oscuro y feo que todo eso. Algo que, acaso, esté oculto bajo ese mismo «jazz» de que habla. Como prisionero en las pautas de un papel de música infernal, diabólico, cuyas notas se han hecho repentinamente asesinas feroces y despiadadas.

—Qué espantosa imagen me ofrece, Stewart —se estremeció Creole. Sacudió la cabeza—. No creo que nadie que ame realmente la música, pueda ser... una bestia ávida de sangre.

—A veces, un error provoca un crimen. Luego, para borrar ese crimen, hay que ir cometiendo otros. Y la cadena de sangre continúa indefinidamente, hasta que el culpable es aniquilado.

—Dios mío, me gustaría ayudarle, saber algo de alguna cosa... Pero sigo sin entender cuanto sucede, sigo sin ver posibilidad alguna de serle útil. Y lo peor es que, como usted dice, yo mismo puedo ser quien corre peligro.

—Diré que vigilen su persona cuanto sea posible. Pero eso no resuelve todo, porque siempre existe un momento de descuido, una oportunidad favorable para un asesino que aceche. Esperemos que eso no suceda. Y trate de recordar, estruje su memoria... Si algo le llega de repente, no dude, no vacile. Un solo minuto puede ser precioso. Telefonee al F.B.I. —le tendió una tarjeta—. A ese número. Pregunte por mí en Narcóticos. Pero si yo no estoy, hable con quienquiera que sea. La llamada me será comunicada enseguida. ¿Lo hará, Duke?

—Puede estar seguro —agitó, pensativo, la tarjetita de Wade—. Solo que no sé si habrá ocasión de ello... No logro recordar nada, Stewart.

—A pesar de ello, insista —palmeó cordialmente su espalda—. Insista, Creole. Sigo pensando que aquella bala iba dirigida a usted esa noche...

Se alejó hacia la salida del club. Dejó atrás a un joven músico con el oscuro rostro de ébano más ensombrecido aún por las preocupaciones y el temor.

Johnny Tuxedo se detuvo frente a la vieja casa de Storyville. Leyó el viejo cartelón de hierro oxidado, con letras góticas, aún legibles: «NÁPOLES HOUSE»

La Casa de Napoleón. Era todo un símbolo. Muy expresivo. Napoleón en negro: «Papá Turpin». El grande y misterioso «Papá Turpin». Él sabía bien quién era el viejo dictador del mundo artístico de Nueva Orleans. Claro que «Papá» también sabía a fondo quién era, quién había sido Johnny Tuxedo.

Sonrió el «gangster». Meneó la cabeza. Pensó en los viejos tiempos. No iba asustado. Ni siquiera preocupado. «Papá Turpin» pudo enviarle entonces a la silla eléctrica con toda facilidad. Una palabra suya bastaba. «Papá Turpin» era el hombre que todo lo sabía. Pero no habló. Y Tuxedo fue a prisión. Solo eso. No olvidaba el favor. Y se preguntaba por qué ahora «Papá Turpin» quería ayudarle a encontrar su millón. ¿O iba a burlarse de él aquel viejo zorro de negra epidermis e ideas insondables?

No lo creía. «Papá Turpin» no perdería el tiempo en ello.

Tampoco era tan cruel, aunque tuviera cierto agrio sentido del humor. Pasó bajo el nombre en vieja forja, y se adentró por el jardín, grande y descuidado, de destartalados setos y macizos florales abandonados. Alcanzó la puerta, en el porche de estilo colonial. Empuñó el llamador de pesado metal cubierto de óxido, para dar constancia sonora de su presencia.

No pasó de ahí. La puerta, a su impulso, cedió, abriéndose con un chirrido largo y casi sollozante. Johnny Tuxedo se quedó perplejo. «Papá Turpin» no contaba con la confianza en la honradez ajena como virtud propia. Jamás dejaría paso franco al interior de su vivienda. Jamás por propia voluntad, naturalmente.

Johnny Tuxedo se puso repentinamente en guardia. Llamó con voz seca:

—¡«Papá Turpin»! ¡«Papá»!

Escuchó, esperando el sonido de una voz, de una respuesta, de unos pasos. Nada. No obtuvo contestación. Absolutamente ninguna. Avanzó. Pisó el corredor, más allá de la puerta. Se detuvo, horrorizado.

«Papá Turpin» siempre había tenido perros. Grandes mastines para cuidar sus propiedades, para servirle de escolta en su casa. Eso no era una excepción. Pero los dos perros, en esta ocasión un pastor alemán y un dogo... estaban muertos.

Muertos a balazos. Yacían sus cuerpos peludos y recios, encogidos sobre un charco de sangre muy amplio. Los agujeros negruzcos, en sus cabezas, acusaban la acción de un arma muy contundente, acaso una 38 o una 45. Había vecindad nutrida en Storyville. La Casa de Napoleón hubiera sido centro de atracción general, de haberse hecho esos disparos normalmente. Y en derredor, todo era calma. Tuxedo sabía lo suficiente sobre armas para estar seguro de que la pistola asesina llevaba silenciador cuando hizo fuego sobre los perros.

Se movió, sin excesivas prevenciones, hacia el interior de la casa. No le asustaba la sangre. Se movió ampliamente por ella en Chicago. Y aquí, hasta ahora, no había más cadáveres que los de los perros. Ninguna víctima humana.

Hasta entonces, por supuesto. Apenas unos segundos más tarde, la decoración había cambiado para Johnny Tuxedo. La Casa de Napoleón le ofreció su tercera víctima. Esta vez era humana.

Una víctima ya esperada por Johnny. Un patético cuerpo negro, de rizado, algodónado pelo blanco. «Papá Turpin» sin vida...

Muerto. Allí, en el gabinete, tras la mesa donde habitualmente debía despachar sus misteriosos e inextricables asuntos. Muerto el

mecenas del arte, el hombre que más sabía de los bajos fondos y de la alta sociedad, de los criminales y de los artistas, de los ricos y de los pobres...

Muerto «Papá Turpin», el amigo de todos. A balazos también. Como los perros. Con los boquetes de las tremendas balas asesinas, formando una criba más oscura que su piel, en el rostro de ébano ajado.

—Miserable... —jadeó Johnny, apretando los puños—. Miserable quien hizo esto...

Avanzó. El teléfono colgaba, con el cordón arrancado de cuajo. La sangre había salpicado sus números en el disco. Y el papel blanco de un bloc de apuntes telefónicos. Y un lápiz metálico, de roja punta. Tuxedo se inclinó, ávido.

No, el papel no era tan blanco. Ni todo lo rojo que lo manchaba era sangre. Había cifras. Cifras rojas, trazadas por lápiz rojo...

Las leyó, nervioso: «Storyville 22-67...».

Nada más. Acaso era bastante.

Johnny Tuxedo sabía que nada tenía que hacer allí. «Papá Turpin» había muerto. Ya no le ayudaría a encontrar su millón. Ya no ayudaría a nadie en nada.

Salió lentamente de la habitación, de la casa. En su mente, unas cifras bailoteaban nerviosamente: Storyville, 22-67...

La Casa de Napoleón quedó atrás. Con su Napoleón negro sin vida. Con la sangre derramada. Con el misterio de aquel crimen inesperado y brutal.

Johnny Tuxedo pensó en Wade Stewart, en el F.B.I... Pero pensó también en que no podía acudir a ellos. Seguía siendo Johnny Tuxedo, el ex presidiario. Para Wade, sería eso antes que el padre de Rossie. No, no iría a nadie. Trataría de resolver él solo la cuestión. No quería correr el riesgo de ser acusado de un crimen que no cometiera. Ni quería perder un millón. Ni la libertad.

Tenía algo con que empezar. Algo, muy poco: unas cifras telefónicas, anotadas por un muerto.

Storyville, 22-67...

Era algo. Quizá era mucho, pensó con un desesperado afán de sentirse optimista, dentro de tanto desaliento.

STORYVILLE, 22-67.

Wade Stewart repasó el número una vez más. Luego rompió el papel en menudos trocitos y contempló a la persona que se lo había facilitado unos momentos antes.

—¿Por qué lo hace? —indagó.

King Kirkaid se encogió de hombros. Parecía molestarle todo

aquello, pero es como si cumpliera un ingrato trabajo que podía beneficiarle en algo, pese a su repugnancia en llevarlo a cabo. Mordisqueó el cigarro virginiano que sujetaban sus sensuales labios crispados, de hombre rudo y de acción. Los ojillos estrechos y fríos se clavaron casi agresivamente en el federal.

—Bueno, un buen ciudadano debe ayudar siempre a, J F.B.I., ¿no es cierto? —gruñó.

II

J

AMÁS tuve siquiera la sospecha de que usted fuese un buen ciudadano, Kirkaid.

—¿Ve? Es injusto conmigo —se quejó el «Rey» de los clubs de «jazz» de Nueva Orleans, como una vez lo fuera de Cícero—. Yo nunca me porté tan mal como usted cree. Viví unos años al margen de la Ley, es cierto. Esos años me enseñaron muchas cosas, y ahora me mantengo dentro de los límites legales, como todo ciudadano respetable.

—¿Seguro? —ironizó Wade.

—Seguro —prometió con aire formal Kirkaid. Alzó una de sus recias manos, como para prestar juramento ante algo invisible pero solemne—. Si alberga alguna sospecha sobre mí, en el caso actual, descíérrela, Wade. ¿Por qué no busca usted a «Míster Jazz» en vez de andar dando palos de ciego por la ciudad?

—¿«Míster Jazz»? —la voz de Wade rebosaba sarcasmo—. Vamos, vamos. ¿Usted también trata de convencerme de un cuento chino, o cree realmente que ese ser fantástico ha existido alguna vez?

—«Míster Jazz» ha existido. Y existe —el tono de Kirkaid fue grave—. Lo sé, Wade. Lo sabe mucha gente, aunque a veces los chismorreos parezcan simple superstición.

—No es que lo parezcan, Kirkaid. Es que «son» superstición. Tienen que serlo necesariamente. Usted no es un hombre de raza negra, para creer viejos relatos del Caribe o prácticas del «voodoo». «Míster Jazz» es como el espíritu mismo de la música negra, en su expresión más triste y amarga. Es el símbolo de los lamentos de esclavitud y de dolor de toda una raza. Cantaban ya a «Míster Jazz» en los algodonereros del Sur, mucho antes de que Lincoln pensara en emanciparles de su vergüenza. ¿Va a decirme que existe semejante ser y que, como se rumorea en los bajos fondos de Nueva Orleans, él dirige el tráfico de estupefacientes y regenta fumaderos secretos para sus adeptos? Es una forma de dorar la píldora a los ignorantes, para que acepten la droga como un rito más de sus supersticiosas

ideas. Muy ingenioso, pero falso.

—Falso del todo, no. Cierto que «Míster Jazz» no puede existir como tal, Stewart. Pero no es menos cierto que «Míster Jazz» es «alguien» en la actualidad. Alguien que adoptó el nombre. Alguien que va transmitiendo de padres a hijos esa especie de ritual, ¿lo entiende?

—Cielos... —por vez primera, Wade entendió y mostró viva excitación en su gesto—. Una especie de herencia... Un «Míster Jazz» cada generación... Eso explicaría la supervivencia... Eso justificaría lo injustificable y haría real lo fantástico.

—Sí, Wade. Exactamente —suspiró Kirkaid, como cansado.

—¿Quién le ha dicho todo eso, King? ¿Quién le habló de «Míster Jazz» como un proceso hereditario, que va poniendo en manos de cada persona, por ley de sangre, la autoridad y el poder en el mundo de las drogas? No podía usted saberlo por sí mismo, Kirkaid. Ningún negro iniciado en el supuesto rito hablaría de ello, por miedo a sufrir los castigos ultraterrenos. ¡Hable, Kirkaid! Un último favor: hable, y no le molestaré más. ¿Quién le dijo eso?

—Un hombre que hoy habló con usted, Wade —murmuró Kirkaid finalmente, como renunciando a su discreción.

—¿«Papá Turpin»?

—Sí. Él me llamó. Es curioso, pero confió en mí. Dijo que temía morir, y era mejor que alguien supiera que «Míster Jazz» no es una leyenda. Y que si alguien podía poner eso en claro, por el bien de alguien, ese era usted, Wade Stewart.

—¿Yo?

—Exacto. Añadió que solo «Míster Jazz» puede tener oculto el millón de dólares que busca Johnny Tuxedo, porque es demasiado listo el misterioso dirigente del mundo de las drogas para haber sido engañado por Johnny en ningún momento. Y que si aún se puede hacer algo, utilice usted ese número de teléfono lo antes posible. Pero «solo» usted, como representante de la Ley. Es lo que él me dijo. ¿Ahora va a dejarme en paz de una maldita vez, federal del diablo?

Wade sonrió, afirmando con la cabeza. Era la suya una sonrisa dura, fría, hostil. Y, sin embargo, hubo cierta simpatía en el modo de mirar a Kirkaid. Y en el de responderle también:

—Sí —afirmó—. Sí, ya le dejo, King. Gracias...

Incluso le estrechó la mano. Y se alejó presuroso, a largas zancadas, rememorando todavía en su mente:

—Storyville, 22-67...

Era allí.

Se había cansado de insistir en ese teléfono, sin el menor resultado, durante bastantes minutos. No fue un tiempo perdido porque, entre tanto, su petición oficial a la central telefónica de Nueva Orleans movía al personal de teléfono a indagar el nombre y señas del abonado con aquel número. Cuando su última intentona fracasó como las anteriores, Wade Stewart hizo una última llamada, esta vez a un importante dirigente de la «Bell Telephone».

—Sí, tenemos ya lo que pide, Stewart —le respondieron—. Storyville, veintidós-sesenta y siete, corresponde a un establecimiento de instrumentos musicales, en la parte sur de Storyville, justamente en Santa Helena Street.

Y allí estaba ya Wade. Santa Helena Street, 239. «Instrumentos Musicales “Dixieland”. Especialidad en instrumentos para “jazz”». Era allí.

Ya sabía también el nombre del abonado. Eso, en cierto modo, era una sorpresa. Pero Wade estaba seguro de que en poco tiempo iba a asistir a muchas, muchísimas sorpresas más.

Contempló, a través de los cristales de los escaparates en sombras, las formas metálicas, las curvas plateadas o doradas de los trombones de varas, los saxos altos o tenores, los trombones de pistón, las trompetas, los xilófonos, las guitarras para «blues» y los contrabajos... Todo un mundo de sonidos, ahora dormido, silente, como la propia noche enigmática, húmeda y dulzona de Nueva Orleans.

Y allí detrás... una persona que poseía un millón de dólares. Una persona insólita, que solo había sido conocida por «Papá Turpin»... Una persona que, además, respondía a un nombre concreto pero fantasmal, simbólico y en realidad vacío de personalidad, porque era solo un título a lo largo de los tiempos durante los cuales se había viciado al negro amargado y triste, con drogas y alucinógenos que le parecían un bien del cielo. Una persona que, tal vez, respondía al nombre absurdo de «Míster Jazz»...

Apoyó una mano en la puerta vidriera, aunque sabía que era absurdo esperar a que solo con eso se abriese. Pero estaba ya en pleno juego del absurdo. Y se abrió...

Rápido, Wade hundió la mano bajo la americana. Extrajo su automática. Avanzó despacio hacia el oscuro interior de la tienda. Paso a paso, rozando instrumentos, folletos y carteles publicitarios, fundas brillantes, de discos con grabaciones de «jazz»...

De repente, alguien se movió en la tienda. Osciló el brillante garabato dorado de un saxofón, colgado de hilos de nylon casi invisibles. Cayó ruidoso un contrabajo de color marrón lustroso. La sombra se deslizó veloz hacia la salida, eludiendo a Wade.

—¡Alto! —aulló Stewart—. ¡Alto, o disparo!

La sombra no le hizo el menor caso. Siguió corriendo. Wade disparó. La bala silbó, rebotando con un curioso maullido casi melódico, en las pastillas curvas de un xilófono, para perderse en la oscuridad. Por ese disparo de aviso, la sombra furtiva no se detuvo en su carrera. Wade disparó otra vez. Ahora no falló.

Hubo un gemido, algo se paró en seco, martilleando sordamente contra una guitarra eléctrica y un trombón de varas. Al fin, cayó al suelo con impacto brusco, aunque no se mantuvo inmóvil sobre el linóleo de la tienda.

Wade avanzó a zancadas, arma por delante. Inclínose sobre el caído. Le reconoció, al reflejo de una luz en el metal bruñido, niquelado, de una cercana trompeta.

—Johnny Tuxedo —masculló Wade—. ¿Qué hace aquí?

Johnny jadeó entre dientes. Se sujetaba con fuerza el muslo, sobre el tejido de su pantalón. La mancha de sangre se ampliaba por momentos, sobre el boquete de una gran polilla de metal ardiente.

—Maldito Wade... —susurró—. Como su padre... Ya caí en sus manos. Otra vez a presidio, ¿no es cierto?

—¿A presidio? ¿Por qué, Tuxedo? ¿Qué hizo esta vez?

—Nada. Absolutamente nada. Pero nadie va a creerme. Y usted, menos que nadie. Es hijo de Glenn Stewart, y eso basta. Entonces, aún hice algo, pero ahora... ¡Oh, Dios! ¿Por qué tiene que ocurrirme esto?

—No me ha dicho aún lo que, según usted, yo creeré que cometió. ¿Qué fue ello?

—Es... es Lena...

—¿Lena? —se inquietó Wade súbitamente.

—Está ahí detrás, en la trastienda... —jadeó Tuxedo—. Muerta.

—¡«Muerta»!

—La mataron a balazos... Como a Turpin...

—¿«Papá Turpin»? —se estremeció Stewart—. ¿Muerto también?

—Sí, Wade... Alguien se ha vuelto loco. ¡Juro que no soy yo! «Papá Turpin» iba a revelarme el paradero del millón de dólares, Wade. Y cuando llegué... estaba muerto. Como Lena...

—¿De qué modo supo usted que Lena era la propietaria de este

negocio?

—No lo supe nunca... hasta verla ahí detrás, y comprobar sus papeles, su despacho de trabajo... «Papá Turpin», aun muerto, dejó una pista: el número de teléfono de Lena. Me bastó para localizar el sitio... Supe que era ella quien tenía el dinero, cuando la vi muerta, asesinada...

—Algo más que eso hay, Tuxedo —recitó fríamente Wade—. Lena ERA «MÍSTER JAZZ».

—¿Qué? ¿Está loco? —jadeó Johnny, desorbitando sus ojos.

—Parece una locura. Vista con calma, no lo es tanto. Es un título que se transmite de padres a hijos. Lena era hija de un «Míster Jazz» que, a su vez, lo sería de un hombre o de una mujer que fue entonces «Míster Jazz». La herencia era inexorable. Y se aceptaba ciegamente.

—Dios mío... Pero entonces... «Rossie»...

—Sí... Rossie hubiera terminado siendo «otro» «Míster Jazz». Afortunadamente todo ocurrió a tiempo. Aunque no sé si ella hubiera acabado rebelándose. Creo conocer su modo de ser, de pensar... Ella jamás me engañaría a mí, Johnny, respecto a sus sentimientos y sensibilidad.

—Dios mío... Es como una pesadilla, Wade...

—Lo es. Ahora, venga conmigo. Deben curar su herida.

—Sí, sí... Va... va a arrestarme, acusado de esos crímenes, ¿verdad?

Wade Stewart le miró larga, profundamente. Luego negó despacio con la cabeza.

—No puedo prometerle nada, Johnny. No está solo en mi mano, y estoy seguro de muy pocas cosas aún. Pero no, creo que no voy a acusarle de nada.

—Dios mío... ¿Por fin hay alguien que va a creer en mí? —gimió Tuxedo.

—Estoy obligado a ello —sonrió Wade sombríamente—. Después de todo... usted es el padre de Rossie. Y ahora que Lena ha muerto, ella deberá saber la verdad y ponerse a su lado, para que se ayuden mutuamente.

—Gracias, Wade... —había un velo húmedo en los ojos de Tuxedo—. Creo que me equivoqué mucho con usted, hijo... ¿Podrá perdonarme? Su padre era un hombre íntegro, después de todo... y usted también.

—Siempre supe que lo entendería alguna vez —susurró Stewart—. Un federal siempre es un hombre íntegro, Tuxedo. Ahora, vamos de aquí. Llamaré a una ambulancia. Luego, examinaré el cadáver de

Lena, sus papeles y todo eso...

—¿Espera encontrar aún ese millón de dólares o algún otro detalle que aclare más las cosas? —habló Tuxedo, incorporándose dificultosamente, ayudado por el federal.

—No —negó rotundamente Wade—. Espero encontrar otra cosa. Espero encontrar a la persona que mató a «Papá Turpin», a Lena Savoy... y quizá, también, a Tatum Jackson. Espero encontrar, en suma, a quién forzosamente tuvo que ser socio de Lena en el negocio maldito de las drogas, rigiendo los negocios de ella desde que cegó por el vitriolo, y que actualmente ha liquidado a cuantas personas podían acusarle... excepto una.

—¿Quién?

Wade meneó la cabeza, pensativo. Estaba pensando en Duke Creole, el pianista de color. Pero no citó su nombre. No dijo nada. Solo se justificó, evasivamente:

—Es demasiado arriesgado nombrar a nadie en estos momentos, Johnny. Sepa que esa persona puede ser asesinada como las demás, de un momento a otro...

ROSSIE cantaba mejor que nunca su gran creación. «Pequeña Flor» electrizaba a los presentes, desde el escenario del «Twenties». Había dolor y angustia, vibración y sentimiento en su voz. A veces, por sus mejillas corrían gotas de llanto, como perlas cristalinas, que emitían por un momento un destello irisado, a la luz de los focos.

Lloraba por Lena, por su madre. Pero eso, muchos no lo sabían. Y atribuían el sentimiento a la propia canción, a sus dotes de intérprete dramática. Wade Stewart sí sabía eso. La contemplaba, como la contemplaban otros varios federales, estratégicamente distribuidos por la sala, vigilando celosamente la seguridad personal de la joven, aunque estaba seguro Wade de que ella no peligrosaba tanto como otras personas en aquellos momentos.

Charlie Memphis acompañaba a la muchacha con su clarinete extraordinario, y en el piano, se sentaba Duke Creole, haciendo volar sus mágicos dedos jóvenes sobre el teclado. En la sala, King Kirkaid y su inseparable Doods, asistían al programa, como hechizados por el arte de Rossie. En otro punto, Johnny Tuxedo, apoyándose en un bastón de bambú, seguía la actuación de su hija, realmente emocionado. Y ella cantaba, cantaba su «Little Flower», sin saber siquiera que su madre había sido asesinada por un simple cómplice, sin saber que ella era «Míster Jazz», el dictador del mundo de los estupefacientes. Ella, una mujer, una mujer sin luz en los ojos... cerebro de la más peligrosa organización de narcóticos del lado este del país... Eso era algo que Rossie jamás tendría por

qué saber.

A fin de cuentas, pensaba Wade, Lena tuvo algo hermoso y digno, dentro de su papel de heredera de un título siniestro: no inició a su hija en la práctica del rito. No la preparó para ser un nuevo «Míster Jazz». Acaso lo hubiera hecho más adelante. Pero eso sería siempre dudoso, incierto. Y cabía conceder a Lena el beneficio de una duda...

La canción terminó entre una salva de aplausos. Se retiró Rossie, tras saludar repetidas veces. Se quedó en el tablado el cuarteto de Duke Creole, con Charlie Memphis haciendo maravillas con su clarinete, heredero directo de Tatum Jackson.

Cuando Rossie empujó la puerta de su camarín, casi se sobresaltó. El hombre se puso vivamente en pie, incorporándose del butacón donde aguardaba.

—Wade... Me asustaste —gimió ella, cerrando tras de sí. Corrió a sus Jarazos y se dejó rodear por ellos—. Creo que todo me asusta últimamente...

—Serénate —sonrió el federal, acariciando sus oscuros cabellos—. Todo pasó ya.

—¿Todo?

—Sí —Wade la contempló, entre risueño y preocupado—. ¿Es que lo dudas?

—No sé... Hay algo... algo en el ambiente, Wade —susurró ella—. A veces me pregunto si no sucederán cosas peores.

—Qué tontería —trató de mostrarse Wade lleno de confianza y de seguridad, para inculcársela a ella—. Es cuestión de poco tiempo que el asesino loco que mató a tu madre y a otras personas, caiga en poder de la Policía. Eso ya no te afecta a ti. Ni a ninguno de nosotros.

—Pero ¿por qué tuvieron que matar a mi madre, Wade? ¿Por qué a ella?

—Por la misma razón por la que fueron cegados sus ojos por un ácido —mintió fríamente Stewart—. Era un peligroso testigo para alguien. Ella siempre sabía cosas, oía otras muchas... Sí, creo que era peligrosa, y optaron por eliminarla. Es brutal, odioso, pero nada podemos hacer nosotros por evitar que sucedan cosas así, Rossie. Solo queda conformarse y esperar que las cosas sean mejores en el futuro.

—Me asusta el futuro, Wade —se estremeció Rossie.

—¿Por qué?

—Si lo supiera... —sacudió su cabecita oscura, vivamente—. Esta misma noche, el modo de mirar de ese hombre... Me asustó.

—¿Qué hombre? —Wade la miró fijamente ahora, con repentino sobresalto—. ¿A qué te refieres, Rossie?

—A Duke...

—¿Duke Creole? ¿El pianista? —la excitación de Wade iba en aumento, aunque se dominaba.

—Sí, él...

—¿Qué pasó? ¿Qué hizo?

—Mirarme de repente, con una fijeza extraña. Incluso se equivocó al pulsar las teclas. Repentinamente me miraba como a un fantasma. Tenía los ojos dilatados, la boca convulsa, y sudaba copiosamente, como siempre que interpreta «jazz»... Me asustó de veras, Wade. Por fortuna, terminaba ya la canción entonces, y olvidé el incidente. Pero nunca creí que Duke tuviera una expresión tan... tan inquietante.

Wade Stewart no dijo nada. Se limitó a soltar a Rossie y moverse hacia la puerta del camerino.

—Eh, Wade, ¿qué ocurre? ¿A dónde vas? No puedes enfrentarte con Creole solo porque su gesto me asustara...

—No te muevas, Rossie. Quédate aquí. Yo vuelvo enseguida.

Cerró rápidamente tras de sí. Comprobó que en el corredor estaba uno de sus compañeros, cuidando de la seguridad de los accesos al camerino de Rossie. Le hizo un gesto elocuente, y el otro asintió. Tranquilo por ese lado, Wade descendió rápidamente a la planta baja del club. Asomó a la sala. Se quedó rígido, contemplando el estrado. No estaba actuando nadie de cuantos acompañaban a Rossie. Ni el cuarteto de Duke Creole, ni Memphis...

—¿Dónde están ellos? —preguntó a un camarero—. Creole y sus muchachos...

—Oh, ellos tienen hoy una actuación especial en un club de las afueras de la ciudad. Es un club particular, montado por los amantes del «jazz». «Basin Street» se llama, o cosa parecida.

—«Basin Street»... ¿Se han ido para allá todos?

—Apenas ha terminado el número siguiente a la actuación de la señorita Rossie, sí.

Wade masculló una imprecación. Corrió al despacho de Kirkaid. Estaba Doods solamente. No vio rastro de King. Inclínose hacia el guardaespaldas del ex «gangster».

—¿Dónde está «Basin Street», ese club al que esta noche acudían excepcionalmente Creole y los demás? —indagó—. ¿Sabe usted eso, Doods?

—Sí, pero ¿por qué le preocupa esa cuestión? Aquello es un club

privado, Stewart, y no le dejarán entrar a usted, especialmente si va con jaleos de drogas y todo eso... —se irritó Doods.

—Escuche, imbécil —se revolvió Wade—. No voy a complicar a nadie en nada. Solamente quiero saber dónde está ese club privado. Y hará bien en decírmelo enseguida, o le acusaré de no cooperar con la Policía, para Impedir un seguro asesinato.

—¿Asesinato? —Gene Doods desorbitó los ojos, cuando comprobó que Wade hablaba en serio, y se apresuró a hablar con acento urgente: «Basin Street Jazz Club». Está en una residencia de Chalmett Cementery Road... Creo que en la milla treinta y dos...

—Chalmett Cementery Road... —repitió febril Wade, sacudiendo la cabeza—. Maldita sea... Alguien va derecho a su cementerio ahora...

Salió apresuradamente del despacho de Kirkaid. Casi se dio de bruces con Amanda, la negra y exuberante morena. Ella rio sensualmente ante su cara, moviendo las caderas con un remolineo absorbente.

—Hola, federal —saludó.

—Déjeme, Amanda —pidió seco, Stewart—. Tengo prisa.

—Siempre tiene prisa —se quejó ella—. ¿No le gusto?

—Mucho, Amanda. Pero no puedo ocuparme de usted.

—No quería molestarle. Solo darle algo que me entregaron para usted... —habló ella, con aire defraudado.

—¿Para mí? —Wade se envaró. Contempló la piel tersa, el ébano vibrante y arrollador de la hembra lujuriosa—. ¿Está bromeando?

—Hablo en serio —sepultó sus dedos entre las macizas formas morenas de sus pechos rotundos. Rebuscó en la profundidad caliente de su carne. Extrajo luego un pequeño papel doblado, que tendió a Wade—. Es suyo. Me hicieron hincapié en que era urgente. Muy urgente...

Wade lo tomó. Su pregunta fue seca, mientras desdoblaba el papel:

—¿Quién se lo entregó, Amanda? —demandó a la negra.

—Duke Creole...

Wade acababa de desplegar el papel. La letra de Duke era nerviosa, vivaz, desigual:

«Tenía usted razón, Stewart. Sé algo. Es algo increíble. Pero es la verdad. Esta noche lo he comprobado. Necesito verle urgentemente. Mañana, a las nueve de la mañana, en mi casa. No falte.

Duke».

—Pobre imbécil —susurró Wade, estrujando el papel con ira entre sus dedos—. No sabe que ese mañana no existirá para él... ¡si

no llego a tiempo de evitarlo!

Y apartó a Amanda de un empujón en sus caderas mórbidas, para precipitarse nerviosamente hacia la salida del «Twenties Club».

Preocupado por algo, Duke?

—¿Yo? No... ¿Por qué había de estarlo?

—Disimulas mal. Algo te ocurre. Sudas y tiembblas. Tienes estremecimientos... ¿Qué es lo que sucede, muchacho?

—Nada... Te aseguro que no me ocurre nada...

—Hubiera jurado que no querías ir esta noche al «Basin Street Club», a pesar de que era un compromiso importante, y tú lo sabías...

—No, no, ¡qué tontería...!

—Duke, me estás engañando. Si no era eso... ¿por qué te negabas a subir a mi coche tan repetidamente?

—¿Yo? Estás... estás en un error, créeme.

—¿Error? En absoluto, Duke. Tienes mala capacidad por fingir. Estabas... estabas como asustado.

—¿Asustado? ¿Yo? —se echó a reír Creole—. ¡Eso es ridículo!

—Ridículo, claro. Pero ahora mismo sigues asustado. Quizá más aún que antes. Dime, Duke, ¿de qué tienes miedo? O... ¿de quién?

Duke hizo un gesto evasivo. El rostro brillaba como ébano recubierto de lustre. El sudor era copioso. Y ahora no tenía ante sí un piano para «jazz». Ni interpretaba «Pequeña Flor», o «Sugar Foot Stomp», o «Money Blues», o «Honky Tonk Train Blues». No; solamente iba en un automóvil. Sentado junto a un compañero que llevaba el volante.

Sentado junto a Charlie Memphis.

Y Charlie Memphis sonreía en ese momento. Sonreía de un modo extraño, sin dejar de conducir su automóvil, para hablar luego con calma:

—Vamos, vamos, Duke, no seas un niño y dime qué sientes, qué te sucede, a qué puedes tener miedo...

—Yo... yo creo que... te equivocas por completo, Charlie... —jadeó con voz trémula Duke—. No puedes creer eso que dices, no puedes pensar que yo...

Charlie Memphis cruzaba en ese momento frente a Chalmette Cemetery. Charlie Memphis detuvo su automóvil con mano firme. Se volvió a Duke, que sudaba copiosamente. Charlie sonreía. Sonreía siempre...

—Querido Duke, yo creo que sé lo que te ocurre —habló con lentitud.

—¿Tú? —hubo un temblor en la voz de Creole—. Pero si no hay

nada que...

—Duke, amigo —siguió con voz blanda Memphis—. Tienes buen oído. Muy buen oído. Demasiado bueno para el «jazz», posiblemente...

—Eso no es un crimen... —jadeó Creole.

—No es un crimen —rió Charlie—. Pero puede ser un motivo para provocar un crimen.

—¿Estás loco, Charlie? No sé de qué hablas...

—Claro que lo sabes. Sabes de qué hablo, muy bien. Sabes que mis fallos con el clarinete no son AUTÉNTICOS. Sabes que finjo errores, que desafino a propósito. Todo para que crean que soy peor clarinetista de lo que realmente soy.

—Charlie, no...

—Claro que sí. ¿Te asusta la verdad? ¿Tienes miedo de encararte a la realidad que tú ya sospechabas? Pues es lo cierto, querido amigo. Todo eso es cierto. Yo toco IGUAL que Tatum Jackson, tu admirado Tatum, el primer clarinetista de la época... Y toco igual que él por una razón muy sencilla que tú conoces, que has observado muy bien esta noche, cuando olvidé DESAFINAR en el punto en que siempre lo hago, y me salió la nota ideal, la nota que tú siempre admiraste en Tatum Jackson. Entonces, Duke, amigo, entonces has comprendido que, por imposible, por absurdo que ello parezca, yo no soy discípulo de Tatum Jackson, yo no soy peor que Tatum Jackson... PORQUE YO SOY TATUM JACKSON.

Y, al decir esto, la mano de hombre blanco de Charlie Memphis, emergió con un arma pesada, un Colt calibre .45, con silenciador, que apoyó en el pecho de Duke Creole. Un arma cuyo balazo sería algo así como un obús, a la distancia en que estaba, cuando disparase contra Creole.

Creole sabía que eso iba a suceder de un momento a otro. Allí, en la carretera oscura, silenciosa y desierta. Frente al Cementerio Chalmette de Nueva Orleans...

* * *

—¡Charlie! ¿Qué vas a hacer? ¿De qué locuras hablas? —chilló con delirante pavor Duke Creole, presintiendo el impacto de la bala de un momento a otro—. ¡Tatum Jackson era NEGRO! ¡Y tú... tú eres de raza blanca! NO PUEDE ser posible eso, Charlie... ¿Por qué bromeas con cosas tan horribles?

—No bromeo. Y tú lo sabes —rió diabólicamente Memphis—. Tú supiste siempre que un químico, Philip Carter, inventó algo... ¿Una

droga, un estupefaciente nuevo, un arma química nueva? No, nada de eso. Una droga, sí. Pero una droga increíble, alucinante. La droga que él buscó toda una vida. La droga que le daría una fortuna Ingente y revolucionaría al mundo, rompiendo barreras raciales para siempre. LA DROGA CAPAZ DE ALTERAR LAS FUNCIONES BIOLÓGICAS DEL SER HUMANO... LA DROGA QUE, ROMPIENDO EL RITMO HABITUAL EN LA COMPOSICIÓN DE LOS ÁCIDOS NUCLEICOS QUE COMPONEN LA ESTRUCTURA VIVIENTE. PODÍA CONVERTIR A UN NEGRO EN UN BLANCO PERFECTO, SIN DIFERENCIA CON LOS DE LA RAZA

BLANCA, INCLUSO CON LA SANGRE CAMBIADA A LA DE LA RAZA BLANCA.

—Dios mío, no...

—Esa droga, al alterar todo eso, altera también el parecido, porque cambiaba las facciones paulatinamente. Dejaba leves residuos que recordaban lejanamente a un negro, pero tan diluidos que nadie podía sospechar nada por ese motivo. Sí, Duke, tú has acertado plena, totalmente. Tú viste la realidad con toda perfección, y yo no sospeché de tu agudeza hasta esta noche, cuando parecías mirar con horror a Rossie, y yo advertí que era A MI a quién mirabas... Lo siento, Duke. Eso te sentencia. Te sentencia inapelablemente a morir. Adiós, Duke amigo. Adiós para siempre... Debo matarte como maté ya a «Papá Turpin», a Lena, con quien yo regía el mundo de las drogas, sin que ella supiera que yo mismo, yo, Charlie Memphis, era el Tatum Jackson que la quemó con vitriolo en una ocasión, para que no declarase contra Tatum en un caso por asesinato. Y sin que ella pudiera saber, naturalmente, que el secreto de mi identidad costaba la vida a toda persona lo bastante astuta para sospecharlo. Creo que «Papá Turpin» quiso advertir a Lena por teléfono, y yo lo impedí a tiempo. Lástima que Wade Stewart llegase tan a tiempo a su vez... Solo en este caso no llegará. Muerto tú, Duke, morirá el secreto. Nadie descubrirá jamás que Tatum Jackson vive, que Tatum Jackson no era el cadáver que una vez hallaron en el agua, sino el de alguien lo bastante parecido, a quién yo escogí para la suplantación, mientras la droga de Carter iba alterando rápidamente mis tejidos y cromosomas, hasta hacer de un hombre negro un blanco auténtico. Ahora, esa fórmula prodigiosa está en mi mente y solo en mi mente, Duke. Jamás nadie salvo yo mismo la conocerá. Podría hacer miles de millones con ella, pero no quiero hacerlo. Gano lo suficiente con las drogas. Seguiré mis negocios, sin que mis hermanos de raza anterior se beneficien de nada... No quiero ser bueno ni que nadie me agradezca nada. Es una estúpida

debilidad humana hacer bien a los demás. Jamás lo paga nadie... Ahora, Duke... prepárate a morir.

—¡No! ¡No, Charlie, por piedad!

—No hay piedad. Jamás debe haber piedad. Es otro error humano...

Iba a disparar. Esta vez implacablemente. Sin más aplazamientos ya...

Cuando retumbó el disparo dentro del automóvil, fue como si realmente surgiera el obús esperado. Un cráneo humano se pulverizó, desparramando masa encefálica y fragmentos de hueso...

Un hombre murió, dentro del automóvil, frente a Chalmette Cemetery. Una figura del «*hoz jazz*» había desaparecido dramáticamente, al final de una horrible ruta de sangre y horrores.

CIELOS. Stewart... Le debo la vida. Creo que jamás hombre alguno salvó más providencialmente su existencia que esta noche yo...

—Ocurre a veces —sonrió Wade lentamente—. Usted tuvo suerte, Duke. Solo eso. Una terrible suerte. Lo mismo que yo. Y Charlie Memphis, o Tatum Jackson, como lo prefiera, cometió un error. Un solo error: entretenerse hablando demasiado, dándome tiempo a llegar, a parar mi coche a la distancia prudencial precisa... y a apuntar con el rifle de mira telescópica al interior del coche, donde sus cabezas estaban separadas poco, muy poco, pero lo suficiente para intentar algo a la desesperada. Podía matarle a usted, Duke, pero de todos modos su vida no valía nada. Era preciso, vital, hacer la prueba desesperada. Y resultó. La leve luz del *tablier* me bastaba. La mira telescópica del arma hizo lo demás. Y la suerte, como dije.

—Dios mío, cuando sentí el estampido, creí que era mi cabeza la que volaba —jadeó Duke Creole—. Y era aquel ser horrible, aquel monstruo sin conciencia, el que recibía la bala de su arma en la cabeza, justamente en el momento preciso...

—Ha sido todo espantoso —afirmó a su vez Rossie, estremeciéndose y aferrando los brazos de Wade y de Johnny Tuxedo, su padre—. Realmente espantoso, Duke... pero ya pasó.

—Sí —afirmó lentamente Wade—. Todo pasó. Lástima que la droga genial y maravillosa de Philip Carter muriese con Charlie Memphis, y la raza negra no se pueda beneficiar de ella, cuando así lo desee uno de sus miembros.

—Tal vez sea mejor así —sonrió Creole—. Yo no deseo cambiar mi color. Dios me hizo de este modo, y nadie mejor que Él sabe lo que es más justo. Si sufro por culpa de intolerancias raciales, como

otros hermanos míos... Dios nos compensará alguna vez de todo.

—Es como la letra de un «blues» —sonrió a su vez Tuxedo, que miró con cariño a Rossie y con simpatía a Wade—. Aunque la verdad es que detesto ya hablar de música, después de cuanto he vivido últimamente...

Wade se echó a reír e, inclinándose hacia Tuxedo, le dijo:

—Creo que halló su millón de dólares, a pesar de todo. Puede reclamar sobre la enorme fortuna que se ha hallado en el Banco, a nombre de Memphis... Aunque no sé si tendrá éxito...

—Olvidemos el dinero, Wade —rechazó Tuxedo—. Ya no pienso en millones. Encontré una hija, y eso es más importante. Mucho más importante, ahora lo veo claro...

Besó a Rossie, que, a su vez, volvió sus ojos cálidos y emocionados hacia Wade, oprimió su mano y susurró:

—Me siento feliz. Muy feliz, a pesar de que mi pobre madre haya marchado para siempre, Wade... Dios me ayudó, en medio del infortunio. Está mi padre... y estás tú.

—Sí, está Wade Stewart —afirmó Tuxedo—. Un padre y un futuro marido. Muchas chicas no tienen esa suerte, Rossie.

—Cierto —murmuró ella, inclinándose a besar a Wade en los labios—. Muchas no tienen esa suerte, cariño...

Wade le devolvió el beso. Y se dijo que tampoco todos los hombres tenían la fortuna de ser amados por una muchacha como Rossie...

F I N

AGENTE FEDERAL

Un
símbolo
CONTRA
EL
CRIMEN

ER

Es, naturalmente,
una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 • Madrid-5



PRECIO DE ESTE VOLUMEN
8 Pesetas

Notas

[←1]

Sidney Bechet, máximo intérprete del «jazz» y autor de obras como «Pequeña Flor», aquí citada. Se le considera la cumbre de su género, en calidad y constancia.

[←2]

«Pequeña Flor», la obra de Bechet, es, en inglés, «Little Flower», aplicado aquí como apodo o falso apellido a una chica cuyo nombre se podría traducir por Rosita. De ahí, con «rosa» y «pequeña flor», el juego de palabras.

[←3]

«Twenties Club»: Su traducción literal sería «Club de los Veinte». En realidad significa «Club de los Años Veinte». Su significado por tanto, es obvio.

Todos los conjuntos o artistas mencionados, corresponden a la época de oro del «jazz» en cualquiera de sus expresiones y lo mismo en Nueva Orleans que en el período posterior de Chicago, adonde les llevó la clausura del barrio negro de Storyville.

Ciertamente, parece haberse demostrado en fecha reciente que una antigua raza negra, de titánicas proporciones, hasta sobrepasar la altura misma de los árboles, existió en África hace miles de años, ocupando las regiones desde el lago Tchad hasta el Níger y el Nilo. Piedras, hallazgos arqueológicos y toda clase de utensilios y tumbas hallados en excavaciones en el bajo Logón, en el bajo Chari, en Gulfei y Niafunké, como ejemplos más conocidos, han confirmado al parecer tal teoría. Que, de ser cierta, daría por cierta la existencia de grandes y civilizados imperios negros, bien distintos al desarrollo actual del continente africano.

Fragmento de un viejo «blues» típicamente en el estilo de New Orleans primitivo, los llamados «Black Waters Blues». Como tantas otras composiciones de su género, hablan siempre de tristezas, decepciones y amarguras de la raza negra.

Verídico. «Ma» Rayney, madre del «blues», nació en 1886, en Georgia. Comenzó a cantar a los dieciséis años, y efectuó largas giras con grupos de trabajadores negros, especializados en el repertorio de «spirituals» y canciones raciales. Hoy es casi leyenda la poderosa fuerza de su canto y la grandeza de su voz y estilo. Es prácticamente imposible hallar una grabación de esta cantante prodigiosa, cuya más directa heredera es la gran Bessie Smith. (N. del A.)

Maestro y discípulo, respectivamente, de la mejor época del «jazz». Pianistas espléndidos, el gordo Fats logró hacer olvidar la clase excepcional de su maestro, gracias a su inimitable «swing», su excelente voz y su dominio instrumental. (N. del A.)

Verídico. El famoso compositor hizo ese comentario al ser interrogado en cierta ocasión sobre la calidad, puesta en duda por algunos puristas que le negaron en todo momento sus virtudes. La frase de Stravinsky es breve y elocuente.